Andrés Eloy Blanco

GIRALUNA



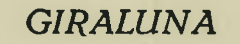




Este Ejemplar ha sido Impreso para al ínclito y querido Raúl Nass. Con mi afecto inalterable –

Andrés Eloy Blanco

Cuernavaca, mayo 12 - 1955 –



GIRALUNA

ANDRES ELOY BLANCO

GIRALUNA

REGALOS A GIRALUNA, DE
Rómulo Gallegos,
Alfonso Reyes,
Manuel Altolaguirre,
Pedro Sotillo.

ILUSTRACIONES DE *Elvira Gascón.*

EDITORIAL "YOCOIMA"
VENEZUELA — MÉXICO
1955

A LILINA ITURBE, mi querida esposa.

Aquí está el dónde y el cuándo
de cuando sueño contigo;
aquí está donde te digo
lo que te digo soñando.

REGALOS A GIRALUNA

PARA este poemario llegaron cuatro regalos. Luminosos. Desde el pórtico me alumbran todo el libro.

Primero vinieron los presentes de dos poetas fraternos: Manuel Altolaguirre y Pedro Sotillo.

Y después dos regalos que sólo en sueños concibieran la Musa y el poeta. La generosa voz, precisamente, la generosa voz de aquellos a quienes tuve y tengo por las dos cumbres más altas del pensamiento continental: Alfonso Reyes y Rómulo Gallegos. Rómulo Gallegos y Alfonso Reyes, binomio de salvación del espíritu americano en trance de rodar.

Si inmerecida la generosa dádiva, bienvenida y alabada sea la generosidad misma, como lección de dar.

Aquí, a la puerta del libro, se alzan con gratitud las manos de Giraluna y la emoción del poeta envanecido.

Cuernavaca, diciembre de 1954.

A. E. B.

TODO UN HOMBRE EN UN POEMA

CONTIENE este volumen de claros y hermosos versos de Andrés Eloy Blanco un poema dedicado a sus pequeños hijos, al cual le debo uno de los mejores ejercicios de mi sensibilidad literaria en la más profunda de las emociones que bellas letras me han producido. Con ella vengo al umbral de este libro, no para hacer el innecesario elogio del poeta, gallardamente famoso ya, sino para que aquí se me encuentre cumpliendo obligación de compañía, con palabras justicieras, junto al hombre admirable que ahora enriquece su obra poética colmando de bondad y de belleza, de dignidad y de nobleza humanas, la estrecha hora del angosto tiempo en que hoy le toca vivir y dentro del cual sólo a costa de cotidianos y apretados sacrificios puede moverse un hombre cabal.

El talento creador, iluminado y poderoso, la fina sensibilidad y el armonioso instrumento del verbo poético, junto con las condiciones de ingenio brillante y de simpatía personal propicias al buen éxito, habían hecho de Andrés Eloy Blanco un hombre predestinado a óptima fortuna, tanto en el reino de las bellas letras como en el espacio vital donde, hombre entre los hombres, encontrase con facilidad despejado camino hacia el gozoso provecho personal y así fueron sus primeros pasos regocijada andanza lírica, con el dulce mal del amor en versos y con el empinado canto a los valores proceros de raza y patria que en agraz de juventud ya le conquistaron fama y predilección; pero la buena calidad de hombre que alentaba en él no le permitió al poeta deleitarse en la exclusiva contemplación de las formas estilizadas del acontecimiento natural o humano: el florido campo, el alba de oro, la bella mujer, el héroe gallardo; sino que induciéndolo a inclinar el oído escuchador de versos hacia los gimientes o broncos rumores de pueblo en apreturas y desgarraduras de sufrimiento, se lo aplicó a la cuenta que de sus desdichas hacía con sus dedos La Loca Luz Caraballo *y a la de los azotes de tortura bajo los cuales se retorcía el prisionero a los acordes de* La Juanabautista. *La miseria y la crueldad que en su pueblo tenían modo de ser permanente y monstruoso y que no podían ser excluídas de la sensibilidad del Poeta grande. El amargo mal, entonces, en el amor a su pueblo.*

Mas no se conformó con el canto dolorido, sino que bajando de las cumbres de la contemplación a los caminos escabrosos de la lucha política conducente a realizaciones de justicia social, fue a ocupar sitio señalador de rumbos en un movimiento cívico dirigido a uso de libertad y a ejercicios de dignidad ciudadana. Y en este camino, durante la hora de fortuna de ese movimiento presidió función legisladora con rectitud y eficacia admirables y luego compartió las de gobierno de manera ejemplar, poema también el comportamiento de hombre en las oportunidades de hacer, y cuando sobrevino la adversidad la aceptó con la entereza de ánimo y la disposición a sacrificios que sólo se dan en los espíritus de selección.

Vuelve con este libro Andrés Eloy Blanco al sereno ejercicio del verso, exenta el alma de los rencores que suelen dejar la lucha y el contratiempo, totalmente entregado el corazón a la ternura, de noble calidad poética y humana, a que lo mueven la amorosa compañía de la esposa admirable y de los pequeños hijos de su gran esperanza bien cultivada. Que no es sólo la suya personal en criaturas de su espíritu y su sangre puesta, sino la del mundo todo en este angustioso tiempo confiada a la posibilidad de un porvenir propicio al soberano imperio de la bondad y la dignidad humanas, pero además de un poeta hondo y sabio en el manejo del verso, que ya sería bastante para que la historia de nuestras letras se complaciera en el buen acontecimiento de la aparición de este libro, en él hace acto de presencia imperecedera todo un hombre de excelente calidad, que no es suceso frecuente en nuestra atormentada Venezuela.

Lejos de ella, fatigado de suspiros de esperanza insatisfecha el noble corazón, es muy natural que en su Canto a los Hijos *al Poeta se le hayan deslizado versos que parecen despedida y testamento; pero si el transitorio vivir, temprano o tarde concluirá para él, por ley ineludible, cierto es también que la obra poética de Andrés Eloy Blanco, que en este libro y especialmente en ese mencionado poema culmina, le tiene asegurada ya la inmortalidad del nombre, la perennidad del acontecimiento humano que así se llama. No sólo estampado en páginas hermosas, sino grabado también de modo indeleble en el corazón del pueblo venezolano, a cuya humildad y desventura no les negó canto el Poeta exquisito, ni les alejó mano procuradora de mejor suerte el hombre de las responsabilidades generosas bien asumidas. El hombre cabal en la hora exigente.*

Pero si el acento de despedida fue cosa de melancolía pasajera en la oscura noche de tierra ajena —aunque generosa— impaciente el deseo del alba clara, de día y de historia sobre la bienamada propia, otra vez las huellas en su personal camino, en cambio el testamento, siempre oportuno, ha sido hermoso: una vida limpia para que en ella

se remiren sus hijos, un intransigente cuidado de la dignidad personal en todos los momentos de la obligación contraída con la ajena confianza depositada en él, una generosa aspiración a que su pueblo disfrute de felicidad, parejo el goce de bienestar con el ejercicio de dignidad. Y este noble consejo paternal a Luis Felipe, su "sabio taciturno" y a Andresito, su "charro turbulento", a fin de que mañana el recuerdo de lo padecido por él no les tuerza el buen sabor de la madurez de hombres herederos de bondad profunda y de elevación de espíritu:

"Por mí ni un odio, hijos míos,
ni un solo rencor por mí.
No derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin".

Un hombre bien construido por dentro, serena la claridad interior.

Morelia, México, 1954.

Rómulo Gallegos

AL POETA DE "GIRALUNA"



LORIA de Andrés Eloy Blanco
—un Bolívar de perfil—,
que ayuda a pasar las Mil
Noches y una Noche en blanco.
El verso salta el barranco
de una aurora en otra aurora,
y al amanecer ya es hora
de oír de nuevo el profundo
himno con que ofrece al mundo
su promesa bienhechora.

Pues ¿qué promete el poeta?
Nos dice el amor y el mar,
la tierra y el cielo al par,
la esposa, la prole inquieta,
la madre inmóvil. Secreta-
mente nos dice al oído
que no hay empeño perdido
en el empeño del bien
y el triunfo será de quien
convierta en canto el gemido.

Lejos del suelo natal,
toda la familia humana
es suya, porque la hermana
en una nobleza igual:
leño que huye el temporal
arrimándose al convoy.
Y yo a confesarle voy
que envidio hasta sus dolores,
porque los vuelca en fulgores
la gloria de Andrés Eloy.

México, Navidad de 1954.

ALFONSO REYES

CON EL POETA ESTOY...

PODER de comunicación emotiva, fuerza de contagio sentimental, claridad inteligente de lo humano, son dotes de la gran poesía popular de Andrés Eloy Blanco. Hay en su obra un valor de enlace, tiene sabor de vínculo, es poesía necesaria. Nos envuelve a todos, nos sujeta, al intelectual y al ignorante, al desdichado tanto como al venturoso. Yo he sido pueblo suyo al escucharle. Pero junto a esa parte de su obra, lanzada hacia lo exterior hoy llega a mí el llanto por la muerte de su madre, elegía profunda dicha para sí mismo, para lo más hondo de su ser, de su pasado. En su recuerdo, en la memoria del poeta hay que estar para recibir estos hermosos versos suyos, en donde late la mejor tradición poética española, la de Manrique o Garcilaso. Con el poeta estoy, no como auditorio sino como hermano, como si naciera de mí mismo su sentimiento, fuente de la más alta poesía. Cada vez que leo sus versos me parecen hijos de un dolor personal, íntimo. A UN AÑO DE TU LUZ, me nacen cada vez del alma.

México, 1950.

MANUEL ALTOLAGUIRRE.

CLARIDAD ETERNA...

DESDE Ciudad de México nos llega la voz, profunda y tierna, de Andrés Eloy Blanco con uno de los más hermosos, de los más egregios mensajes poéticos de cuantos se han dejado escuchar en los últimos tiempos en América. El poeta, golpeado en la lucha fiera y ciega de los hombres, se vió sometido a la prueba suprema cuando, en pleno pecho exhausto, tuvo que recibir el dardo más hondo, el golpe definitivo de la muerte de la madre. A un año de esta pena, se empina la palabra de luz, la palabra que viene de las raíces maternales y de las raíces intocadas de la propia personalidad, y tenemos el homenaje grave de este maravilloso poema en donde ha ido recogiendo y afinando Andrés Eloy Blanco lo mejor y más puro de sus emociones de artista.

No es caso de entrar a calificar la personalidad ni la obra de un poeta como Andrés Eloy Blanco. Esa personalidad y esa obra es verdad que reclaman el enfoque sereno, la valoración mesurada y ecuánime, porque la vida misma del compatriota ha impedido o dificultado tal realización. Esa vida de desbordado y trágico venezolanismo, amasada en barro amargo de sacrificios y de pesares verdaderos y legítimos, y que, sin embargo, ha mantenido la limpidez, la pureza del caudal lírico y de la fe idealista, como la corona de llantos que orlan la sencillez y la dignidad en el hogar. La labor del poeta ha sido olvidada en la pelea permanente aceptada por el hombre, y la Patria que pidió un sacrificio, todavía tiene voz para reclamar el otro sacrificio de la compensación. Le sonó a Andrés Eloy Blanco la hora de completar la obra que a la Patria debe y que la Patria espera.

Nosotros comprendemos el llamado sereno y doloroso que hoy resuena en el alma del gran poeta venezolano. Acaso, al recogerlo, está dictando una grave lección a todos sus compatriotas, especialmente a aquellos que nos hemos sumido en la fiebre voraz de la pelea. Esta admirable Elegía que hoy nos ofrece el corazón macerado del hijo, es Canto también de alta esperanza, porque en él se recuperan, se enaltecen hasta la plegaria y hasta el llanto, los valores fundamentales del alma, los que dan cimiento a la piedra de eternidad para los hombres y para las Patrias.

Jamás, desde México, había recibido el corazón venezolano mensaje tan emocionado y de tanta significación como el que ahora recibe de Andrés Eloy Blanco. Y en el mensaje viene para la Patria la realidad de su poeta, en plenitud de hermosura, en la hora mejor de la creación, bañado en la luz de la gloria que nadie puede negar. La luz que le alumbró el primer día y le acompañará hasta el final. Claridad interminable para la culminación de la obra del hombre y del poeta.

Claridad eterna del amor y de la Patria, por la que ahora contraes el más grande de tus compromisos, ¡oh Poeta!, que para las penas recobras el ímpetu de aquellos días juveniles, cuando nunca soñaras rezarnos, desde una tierra distante: "A un año de tu luz, e iluminado".

PEDRO SOTILLO

Caracas, 1950.

GIRALUNA, LA NOVIA



LIRAS TRENZADAS

I

LIBRO de amor le haría
que fuera alcoba de soñar con ella,
alcoba de hostería
con fama de querella,
colchón de nube y tragaluz de estrella

Cuentos de "aquel" y "aquella"
contaría la voz del hostelero,
del mozo y la doncella
que allí, en noche de enero,
ella jugó de altar y él de altarero.

Romance de viajero
que trae capa, mujer, amor en fuga
y alibajo el sombrero,
todo lo que conjuga
con el querer, cuando el querer madruga.

El cuento que subyuga
contara yo, mientras su colcha fría
la ansiosa frente enjuga;
en liras hablaría
y ella lira con lira trenzaría.

Así el libro sería
Giraluna en alcoba de posada
y a la ventana iría,
toda giralunada
de amor y "ven" la voz de su mirada.

II

Libro de amor le hiciera
que fuera nave de viajarle el sueño
con lira marinera,
de la sonrisa al ceño,
del hondo gozo al llanto ribereño.

Patrón margariteño,
cuidara yo del rumbo y del garete
para que, siempre isleño,
nunca hallara ni flete
ni luz ni puerto el corazón grumete.

Viajar, viajar, banquete
con vino de altamar y pan de nube,
del casco al gallardete
silbo de amor que sube
llamando a la cigüeña y al querube.

Viaje como el que tuve
que hacer de mar a mar, de claro en claro,
hasta que en ella estuve
como en lento disparo:
luna y girando, giraluz del faro.

Camino sin reparo
del mar, jerusalén con barcarola,
vivir al desamparo;
y al morir, enarbola
dos cruces el calvario de la ola.

III

Libro de amor soñaba
que fuera globo de llevarla en vuelo
donde el volar acaba,
muere el humano celo
y empieza el ultraamor y el sobrecielo

Celeste riachuelo
para izar en la orilla transparente
la flor de su pañuelo
y hacer de su corriente
lo azul más puro del amor ausente.

Raudal de luz, afluente
del infinito mar donde pasea
su góndola el creciente,
donde Venus campea
y el cargado galeón del Sol fondea.

Sobrenadada aldea,
Venecia cenital, Lido de bruma,
celestial azotea
donde el sueño es de espuma,
la voz azul y el caminar de pluma.

Amor que así resuma
la atracción sideral: flama con flama,
el cuerpo que se suma
al cuerpo que lo llama
y en torno al Sol el girasol que ama.

IV

Libro de viaje corto
que en un sorbo se amara y se leyera,
pero entre ocaso y orto
sus hojas repitiera
como un regreso de la primavera.

Libro de amor que fuera
tordillo, de anca y silla hospitalario,
carro de dos, litera,
tranquilo dromedario,
lento viajar de hacienda a campanario.

Amor de gusto agrario,
fervor del verde y devoción del trino,
más lejos el canario
que el turpial campesino,
más nuestra la vereda que el camino.

Mula de viaje andino,
tendido frailejón de suave mano,
llanada con molino
y en caballo aldeano
dos y dos, pasitrote y pasollano.

Amor de ciudadano
con ciudadana, como Dios lo quiere,
de Código y cristiano,
con El que la prospere
y Ella que cante que el amor no muere.

V

Libro de amor le hice
que no se quiso levantar del suelo,
que los hijos bendice
y encuentra su modelo
más en lo que volé que en lo que vuelo.

Mitad a contrapelo,
mitad al buenamor de la corriente,
molino donde muelo
grano viejo y reciente,
y agua y mujer que se miró en la fuente.

Libro en que está presente
la casa; el hijo y el dolor ajeno.
Libro, para el doliente,
de vino y agua lleno;
lo que el maestro Antonio llamó bueno.

Libro de bien, terreno
como un hombre de bien, de firma honrada,
de platicar sereno,
pero bien tremolada
la fe en el sueño en la bandera izada.

Libro de amor: posada
para todo lo hambriento y sitibundo
y un letrero a la entrada
le dice al vagabundo:
—Aquí se fía en la bondad del mundo.

APARICION DE GIRALUNA

Pregón

NARANJAS de Valencia,
naranjas frescas, naranjas,
naranjas amarillas
de cuando el naranjo se baña!

—¡Naranjas de cuando el sol
parece que en la alborada
va a salir del horizonte
y sale de las naranjas!

Anuncio

Valencia del Rey, Valencia;
también está entre naranjos
Valencia de Venezuela.
Palabra madrugadora,
carne de mañana tierna,
zumo de naranja fría
de Valencia —fué en Valencia—;
amanecer del naranjo,
amanecer de las eras,
el canario y el naranjo
se apuestan sus amarillos
y gana la naranjera.
—¡Hoy va a nacer Giraluna!
Fué en Valencia.
—Hoy hablará Giraluna;
si las naranjas hablaran
hablarían como ella.

La Tarde

Una boda al aire libre
de Valencia, por la tarde,
los novios por los jardines,
como jugando a casarse.
En Valencia hay azahar
para que el mundo se case;
si con las once mil vírgenes
llegan once mil galanes,
bastará que un abanico
les guiñe a los naranjales
y para once mil doncellas
sobrarán los azahares.

Metidos en los jardines
novios, padrinos y padres,
invitados y curiosos;
los naranjos al rozarles
dejaban caer botones
de azahares
y parecía que todos,
novios, invitados, padres,
padrinos, niños, jugaban
a casarse.
Mientras todos se casaban
yo empezaba ya a casarme
con la flor de los naranjos
y las novias de la tarde.

Aparición

Y fué entonces: Una niña
y en dos trenzas los cabellos,
una luz en la mirada
que alumbraba hasta allá lejos;
ancho mirar, como plaza
para un noviazgo labriego;
las pestañas como juncos
junto a los ojos inmensos;
—¿cómo hará para cerrarlos?
¡y qué grande será el sueño!

La tarde, que lo sabía,
dejó la noche en el cielo,
una noche para dos
que quieran quedarse ciegos
y un cielo para querer,
para querer ir al cielo.

Sus ojos, sus grandes ojos
del color de las castañas,
sus trenzas, sus largas trenzas
del largo de su mirada
ojos de estarse mirándolos
hasta más allá del alma.

A la orilla de los ojos
llegué; la empecé a mirar:

—¡Quién tornara a los tiempos buenos,
quién volviera la vida atrás,
quién me diera diez años menos,
quién te diera diez años más!

De la orilla de los ojos
me llamó.
—¿Quieres casarte conmigo?—
dije yo.
Y en el fondo de los ojos
respondió.

Y escondida en los naranjos
encontré la nueva flor.
Encontré la giraluna,
la novia del girasol.

LA HILANDERA

DIJO el hombre a la Hilandera
a la puerta de su casa:
—Hilandera, estoy cansado,
dejé la piel en las zarzas,

tengo sangradas las manos,
tengo sangradas las plantas,
en cada piedra caliente
dejé un retazo del alma,
tengo hambre, tengo fiebre,
tengo sed... la vida es mala...
Y contestó la Hilandera:
—Pasa.

Dijo el hombre a la Hilandera
en el patio de su casa:
—Hilandera estoy cansado,
tengo sed, la vida es mala;
ya no me queda una senda
donde no encuentre una zarza.
Hila una venda, Hilandera,
hila una venda tan larga
que no te quede más lino;
ponme la venda en la cara,
cúbreme tanto los ojos
que ya no pueda ver nada,
que no se vea en la noche
ni un rayo de vida mala.
Y contestó la Hilandera:
—Aguarda.

Hiló tanto la Hilandera
que las manos le sangraban

y se pintaba de sangre
la larga venda que hilaba.
Ya no le quedó más lino
y la venda roja y blanca
puso en los ojos del hombre,
que ya no pudo ver nada...
Pero, después de unos días,
el hombre le preguntaba:
—¿Dónde te fuiste, Hilandera,
que ni siquiera me hablas?
¿Qué hacías en estos días,
qué hacías y dónde estabas?
Y contestó la Hilandera:
—Hilaba.

Y un día vió la Hilandera
que el hombre ciego lloraba;
ya estaba la espesa venda
atravesada de lágrimas,
una gota cristalina
de cada ojo manaba.
Y el hombre dijo:
—Hilandera,
¡te estoy mirando a la cara!
¡Qué bien se ve todo el mundo
por el cristal de las lágrimas!

Los caminos están frescos,
los campos verdes de agua;
hay un iris en las cosas,
que me las llena de gracia.
La vida es buena, Hilandera,
la vida no tiene zarzas;
¡quítame la larga venda
que me pusiste en la cara!—

Y ella le quitó la venda
y la Hilandera lloraba
y se estuvieron mirando
por el cristal de las lágrimas
y el amor, entre sus ojos,
hilaba. . .

ANUNCIACION

LA joven madre está cansada
y tú le tomas el niño de los brazos.
Calle arriba
hemos echado a andar. ¡Qué hermosa,
con un niño y sin prisa!

¡Qué hermosa estás, qué hermosa,
con el niño abrazado a tu cuello!
¡qué hermosa de lo grave que vas, de lo anunciada,
de lo sembrada en el presentimiento!

Llegamos.
La joven madre recobra su niño.
Te has quedado sin hijo en la palabra.
Te vas. Y quedo solo;
solo, porque el que estaba conmigo era tan niño
que lo dejé en tus manos y lo dormí en tus ojos.

PARA CANTAR

HAY un punto en el camino
donde se empieza a querer;
el que no lo vio no supo
cuándo, cómo, dónde fue.

Hubo quien lo vio y cayó
y aun después de caer
hizo otra vez el camino
para caer otra vez.

No hay manera de dejarlo
ni de salirlo a buscar;
es un punto en el camino
que tiene su caminar.

Nadie sabe las razones
de este empezarte a querer,
de este seguirte queriendo,
de este quererte después.

Que se devuelven los ojos,
que se devuelven los pies,
que se devuelven los sueños
adonde quiera que estés.

Yo tengo los pies enfermos
de un modo de caminar,
que se me devuelven solos
adonde quiera que estás.

* * *

Toda la noche fué poca
para los viajes que hacía
de tus ojos a tu boca.

Suspiro cuando te miro,
pero te me pongo al lado
y el fuego de tu costado
me va quemando el suspiro.

Siempre que te tengo lejos
me paso el día buscando
lo tuyo de los espejos.

EL PESCADOR DE ANCLAS

YO te quiero desde un día
en que vi junto a la playa
un barco de un pescador
que andaba pescando anclas.

Yo era un niño; tú no habías
nacido tal vez, de modo
que te quiero antes de ti
y te quiero antes de todo.

No caviles; te diré
toda la historia del barco
y naceré pescador
y te pescaré, pescando.

Era un pescador que había
navegado tantos mares
que ya tenía redonda
el alma, de tantos viajes.

Pero andaba su navío
remolcando despedidas
y apenas llegaba a tiempo
para saber que se iba.

Aquel pescador de adioses
llegaba por la mañana
y a medio mirar del puerto,
su nave rompía el ancla.

Se compraba un ancla nueva
entre bolina y bolina
y en el primer fondeadero
la dejaba al otro día.

Y así fue sembrando anclas
en todo fondo de mar,
a estribor de un "hasta luego"
y a babor de un "¿volverás?"

Y ahora, vieja la nave,
viejo, viejo el pescador,
iba pescando sus anclas
y cosechando su adiós.

Yo le vi aquella mañana
tender sus redes al puerto
y vi los ojos del hombre
tirar lances de recuerdo.

Y amé, mientras navegaba,
y amé, norte y sur de amor,
y sembré anclajes y anclajes,
azul de navegación.

Y en la expedición de vuelta
te ví, como regresada,
y en la red sumida a proa
me pesaste, como un ancla.

Yo te sembré en aquel puerto,
junto al barco pescador
y desde aquella mañana
te quiero, como un adiós

y te recobro en el aire
que cupo en los dos pañuelos
y en la izada de las velas
y en la arriada de los puertos

y en el gozo de escucharte
antes de nacer tu voz,
de verte antes de tus ojos,
de amarte antes del amor.

Y mañana dormiremos,
yéndonos, como un adiós,
viejo el mar, vieja la nave,
viejo, viejo el pescador...

GIRALUNA VA EN AVION

GIRALUNA va en avión.
Se ha venido a despedir;
con su cara de angelote
va a ensayar de ángel y ahora
ya está toda sin raíz.

Giraluna
no quiere pesar;
la sortija, los aretes,
la pulsera, el medallón,
se los ha quitado para pesar menos,
se los ha quitado para flotar más,
para lunar toda, para estrellar toda,
para ser toda más allá.

Giraluna va a ver mapas,
va a sentarse en sillas de brisa
y en hamacas de nada azul;
le va a dar vueltas en la cabeza
su girasol, su giraluna, su giranoche, su giraluz.

Va a ver las torres del petróleo
y los faros del marinero
y el tamañito de los grandes
y el ni se ven de los pequeños.

Giraluna verá las plumas
en el sombrero de la tierra
y con un ángel dará saltos
y con otro ángel dará vueltas
y se asomarán los del cielo
y un santo le verá las piernas.

Ya está en peso de volar,
ya mira con ojos de aire
y habla con acento de estrella.
—¿Y qué haremos en esta noche
los que nos quedamos en tierra?

—Toma, niña, la flor de abajo,
la flor de la enredadera,
que es la planta que se cae
si otra planta no la sujeta,
porque el árbol va más al cielo
y ella, sóla, se viene a tierra.
Toma, niña, la flor de abajo,
la flor de la enredadera;
y tú, Giraluna, escríbeme
una luz desde alguna estrella.

Cuando me da la mano,
pesa;
le pesa el dolor de irse
con esa mano de la tierra.

Giraluna va en avión.
Duermo. Un sueño con pañuelo
pasó apagando las luces.
Allá irá, rociada de sorbetes blancos,
saludando alondras, retratando nubes.

Giraluna llega.
—Cara de angelote, ¿dónde están las flores
de mi enredadera?

—Tus flores no quieren
volver a la tierra;
arriba quedaron,
arriba enredaron,
ya van trasmarchando,
van giralunando,
retratando alondras, recortando estrellas...
Con sus ojos de aire, santos de llovizna,
Giraluna gira, Giraluna vuela...

LA CITA

PINAR arriba,
pinar abajo,
la nube, el pinar, el viento,
la tarde y yo te esperamos.

¡Cómo tardas!
tú siempre ofreces tempranos
y siempre pagas con tardes.
Me van a crecer los pinos
esperándote.

La próxima vez,
ya sé a qué atenerme;
te voy a hacer esperar
una hora, sóla, sóla,
para que sepas entonces
cuántos pinos tiene una hora.

Ya se fastidió la nube;
se está lloviendo por dentro.
Eres mala;
a una nube de agua dulce
volverla de agua salada.

La próxima vez,
esperaré a que llueva a chorros;
ya te contará la nube
cómo esperamos nosotros
y nunca sabrás si el agua que te pasó por los labios
te la lloraron las nubes
o te la llovieron los ojos

Ya se va el viento, diciendo
malas palabras de monte;
ya verás, cuando tú esperes, esperando y solitaria,
te dirá el viento unas cosas que te pondrán colorada.

Ahora se va la tarde;
se le está poniendo oscura la pena del horizonte;
ya verás, cuando estés sola,
y en un adiós de la tarde te quedes sola en la noche.

Se va el pinar; se está yendo
revuelto el verde hasta un negro
que se hace nube y se encoge
y se agavilla y se expande,
verde, negro, verde, gris,
y no se va pino a pino,
sino que se hace una cosa
de pinos que va a dormir.

Y yo ¿qué estoy esperando?
ya me voy, sólo. Eres mala;
a una tarde, hacerla noche,
a un pinar, hacerlo nube,
a una nube de agua dulce
hacerla de agua salada.

Ya me voy. ¡Pero aquí estás!
¡La tarde está regresando!
¡mira el viento! ¡se ve el viento!
¡la nube está echando lirios!
mira el pinar, cómo viene,
pino a pino, pino a pino. . .

LA FLOR DE APAMATE

QUE pena de medio luto
tiene la flor de apamate,
qué pena de medio luto,
desde que tú te marchaste!

Tu marcha me echó en las venas
los morados de la tarde,
la sangre me quedó viuda
como la flor de apamate.

No sé qué cosa me pides,
no sé qué cosa pedir,
si morir por no quererte
o quererte hasta morir;

yo no sé qué es lo más bueno,
yo no sé qué es lo peor,
no sé si amor sin presencia
o presencia sin amor,

pero no quiere y te llama,
desde que tú te marchaste,
mi sangre de medio luto,
como la flor de apamate.

GIRALUNA LEJANA

NO lo digas, no lo digas.
Ya sé que te estás muriendo
de esperarme con los brazos
y abrazarme con el viento.

Desde tu ausencia a la mía
ya tendió tu pensamiento
el hilo de coser ojos
y el río de viajar besos.

Amor pagado en amor,
pena pagada en silencio;
para esperarte de día
me pondré azul contra el sueño,
para esperarte de noche
soñaré que te amanezco,
para esperarte en la muerte
moriré de ojos abiertos,
para esperarte en el mundo
que hay detrás de los silencios
respiraré en el vacío
el aire de tu recuerdo.

Espérame en tu esperanza,
a un costado de tus sueños,
entre el filo de tus ojos
y la orilla de tus besos.
¡Ay, tú no sabes, no sabes
con qué muerte te recuerdo!
el adiós que me gritaste
me sale, como los muertos.

EL VALLE ALUMBRADO AL REGRESO

TENIA el valle dos pozos
en los huecos de las manos;
juntándolos alcanzaba
para la sed de los pájaros.

El hombre que iba por agua
tomaba la de los pozos
y algunas veces pagaba
con el agua de sus ojos.

El hombre que iba por agua
se ausentó por muchos años;
meses y meses de espinas
le dan corazón de cardo,
meses y meses de yedra
los ojos le van trepando.
Viene de lejos. El mar
le hace unos golfos amargos
donde unas goletas negras
velas negras van izando.

Pero vuelve. Todo vuelve.
y el que siempre fue por agua
viene vestido de espinas
y respirado de llamas.

En la cerrazón del valle,
al pasar de las perdices
las detiene preguntándoles:
—Ay, ¿dónde queda el Naciente?
el sueño ¿por dónde nace?
¿de dónde cuelgan la alondra?
¿quién espina los rosales?
¿dónde está la vaca verde
que le ordeñan malabares?
¿dónde está el surco pintado
de verde, amarillo y jaspe?,

¿dónde está la travesía
que van pintando los árboles
con su corazón de tiempo
y sus hojas de almanaque?
¿Adónde fueron los pozos
que yo regaba en el valle?

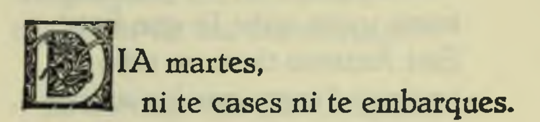
La perdiz de cuatro pintas
lo llevaba del arrullo
y en la vuelta de los mangos
están los pozos oscuros.

Oscuros los claros pozos
en la vuelta de los mangos;
pero allí estaban y el hombre
se estaba desespinando.
Se está mirando en el agua,
ya todo desespinado
y el corazón de semilla
cae al pozo iluminado.

DESPEDIDA DE OTRO AMOR

(ROMANCE DE SAN ANTONIO EMPAVADO)

ROMANCE DE SAN ANTONIO EMPAVADO


DIA martes,
ni te cases ni te embarques.

—Me caso el trece de junio,
San Antonio y día martes.
Y todos le contestaban:
—Día martes,
ni te cases ni te embarques.

Mal año le tocó al Santo:
día martes!
La pava con los pavitos
y el santico santiguándose.
Pero el novio repetía
con aquel dale que dale:
—Me caso por San Antonio
y ni la novia lo sabe.
Y todos los invitados
irán rezando la salve;
Presidente del Concejo,
padrinos, damas y pajes
irán haciendo la guiña
y gritando:
—No te cases!
San Antonio está empavado,
cayó en martes, trece y martes!

—Pero los novios lo haremos
como quien sabe lo que hace.
San Antonio tiene un niño
con más fuerza que los martes;
nosotros tendremos uno
blanco, fuerte, dulce y grande,
con catorces en los treces
y domingos en los martes.
—Día trece, día martes,
ni te cases ni te embarques.

—La pava con los pavitos
seguirá picando martes,
el padrino hará la guiña,
la madrina dirá salves,
en bejuco de cadena
van a bañar a los pajes,
al cura en cancanapire
y en cariaquito al alcalde,
los gatos despelucados
saltarán en los alambres,
el chivo de los casorios
irá comiendo almanaques,
cantará delirios verdes
la cotorra en los zaguanes,
pero mi novia y su novio
no dejarán de casarse
el día de San Antonio,
día trece, día martes
samplegorio de las bodas,
chubasco de los embarques.

—Si cuentas con San Antonio
no te duermas en las pajas
mira que él es del rigor
y goza metiendo trampas.
Si ves que se te resiste,
amárralo por las patas,
tenlo una noche colgado,

con la cabeza entre el agua
y a la mañana siguiente,
ya verás lo bien que marcha.
Lo malo es que en día martes,
no se sabe lo que pasa
y en martes que cae en trece,
ni San Antonio se casa!

Amarrado por los pies
lo colgó una noche entera,
el santo pasó las horas
entre amenazas y quejas:
—Que se me va el niño al agua
y la sangre a la cabeza!—
Pero no soltó el muchacho
y el muchacho dio la vuelta
y empezó a jugar diluvios
y milagritos de pesca
con la pelota del mundo
y el agua de la pileta.

No dijiste ni "hasta luego",
te fuiste sin decir nada,
lo mismito que los muertos.

Te enamoraste de otro,
porque a mí me lo dijeron.

Velitas a San Antonio
ya sé que le estás poniendo
para que te dé un buen hijo
y a mí me dé un buen entierro.

Me quedé con San Antonio,
mojado, empavado y viejo
y tú te llevaste al niño
para hacer milagros nuevos.

Como una carta cerrada
te marchaste al extranjero.

Llegué corriendo a la playa
y el barco ya estaba lejos;
ni un pedazo de la vela
sacudiste en el pañuelo,
no me dejaste ni un aire
con un adiosito envuelto.

—Día martes,
ni te cases ni te embarques.

San Antonio despedido,
cargador de Dios y fraile,
como le quitaste el niño
quiere cargar niños de aire.

Yo quiero un niño de hoja
con una madre de sauce,
con un abuelo de viento,
con una abuela de tarde,
con un San Antonio de agua
que lo cargue, que lo cargue.

Nos casaremos el trece
y embarcaremos el martes;
me casaré con las hojas
para que el viento me engañe.

La culpa la tienes tú,
que te fuiste y me dejaste
cuando te pusiste azul.

Tener la tierra y el cielo,
pero faltándome tú
es tener a San Antonio
pero sin Niño Jesús.

GIRALUNA, LA ESPOSA

BUENA COMO EL PAN

BUENA como el pan
y te lo dijeron
como si fueran a comerte,
como si tendieran la mesa del gesto
para almorzar con tu bondad.

Entonces me oliste
a desayuno de amor;
entonces tus manos
se desmigajaron
sobre la leche de tu cuerpo
y tu cuerpo
se tostó de piedad caliente
y tu corazón
se blanqueó para hacerse corazón de mi pan.

Y ese fue el octavo Sacramento
de tu blancura en mi Verbo
de tu bondad en mi Extasis,
de tu inminente traslación a mi sangre.
Y te apuraron mis poros
con un millón de hambres y un millón de sedes.

Ahora
sudé todos los odios y el alma no me pesa
más de lo que pesara tu pan entre mis manos
—Buena como el pan— y ahora
te tomo con el hambre de un niño sin pecado.

SILENCIO

CUANDO tú te quedes muda,
cuando yo me quede ciego,
nos quedarán las manos
y el silencio.

Cuando tú te pongas vieja,
cuando yo me ponga viejo,
nos quedarán los labios
y el silencio.

Cuando tú te quedes muerta,
cuando yo me quede muerto,
tendrán que enterrarnos juntos
y en silencio;

y cuando tú resucites,
cuando yo viva de nuevo,
nos volveremos a amar
en silencio.

Y cuando todo se acabe
por siempre en el universo,
será un silencio de amor
el silencio.



SI EL SILENCIO FUERA MIO

SI el silencio fuera mío,
qué silencio!
Si el silencio fuera mío,
cuando haya silencio
no te darás cuenta
de tánto silencio.

Ya las cosas no serían
hechas a golpes y ruidos;
serían todos de aceite
las sierras y los martillos,
el hacha de pensamiento
y el azadón de suspiro.

Qué nueva música haríamos
con canciones de maíz
y con palabras de trigo
y obreros con voz de pan
y obreras con voz de hijo
y una noche que contara
la historia del mar dormido,
si el silencio fuera tuyo,
si el silencio fuera mío.

Siempre habría que contar
con la cigarra, no hay nada
mejor para hacer silencios;
para hacer silencios nadie ha hecho tanto
como la cigarra.
Podrá haber silencios, silencios tan grandes
que los ojos oigan a los ojos que hablan,
pero no habrá nunca un silencio
como el silencio con cigarra.
Podrías meterte dentro de un silencio,
con toda la boca del mundo cerrada,

y no podrás darte cuenta del silencio,
hasta que llega la cigarra.

Nadie sabe nunca que empezó el silencio,
hasta que empieza la cigarra.
Ella firma el silencio,
ella lo subraya
es un silencio en bastardilla
el silencio con cigarra.

Para hacer trabajo santo,
para hacer hijo en la noche,
sin miedo de la mañana,
para que amaras de modo
que tus ojos se escucharan,
te daría un mundo en paz
y un silencio con cigarra.

Si el silencio fuera mío,
con un silencio que amara,
de esos que nunca se saben
hasta que hay cigarra,
te haría un mundo sin odios,
sin niños con caras pálidas,
sin mujeres con ojeras
y sin hombres con espadas;
y tendría mi silencio
guardadito en una caja,

y le pondría alcanfor
para que no lo picaran las cigarras.
Pero el domingo en la tarde,
para que tú lo escucharas,
para que te hicieras toda de silencios,
te haría uno con cigarra.

Si el silencio fuera mío,
le pondría un lazo azul
con un silencio de amor
y lo tendría guardado
hasta el día de tu voz.

GIRALUNA CANTA EN LA AUSENCIA

CON cuatro días sin carta,
de la ventana a la alcoba,
de la alcoba a la ventana
y entre si duerme o no duerme,
Giraluna canta y canta:

Allá va... me dejó sola,
allá va... sola quedé,
Déjame cerrar los ojos,
que ya no hay nada que ver.

Tengo los ojos cerrados,
me pongo a mirar caminos,
me los prendo al corazón,
empiezo a hacer un ovillo;

voy tirando de los hilos,
los voy enrollando en mí;
los caminos en las manos
se me vienen a morir,

y tanto tiro de ellos,
que se robaron mi afán,
que se vienen devolviendo
y me lo hacen regresar.

Yo tengo en el corazón
una madeja de atajos,
para salirle adelante
al que me tiene esperando.

Vuelve, novio, vuelve, amante,
que se me olvidó en la prisa
darte el sueño de mis ojos
para las malas dormidas.

Vuelve, que se me olvidó
que te iba a colgar del cuello
este escapulario rojo
que me rompe el lado izquierdo;

vuelve, que tengo los ojos
cerraditos, de buscar
adonde se fue aquel beso
que me acabas de dejar;

me lo pusiste en la boca,
por verte, se me olvidó,
y anda perdido de angustia
entre boca y corazón.

Vuelve a que me lo sujetes,
regresa a que me lo des;
seré menos en el beso
que en irte dejando en él.

Quédateme un poco más,
márchateme un poco menos,
véteme yendo de modo
que me parezcas viniendo
y no me grites: adiós!
ni digas "hasta la vuelta";
vete marchando de espaldas
para creer que regresas.

GIRALUNA DUERME AL NIÑO

NO te duermas, niño,
que dormir es feo;
todo, todo, todo
se te pone negro.

Dios hace su noche
para sus estrellas;
yo no te di ojitos
para que durmieras.

No hay nada más malo
que un niño durmiendo,
que la madre llora,
que parece muerto.

Los niños debieran
dormir a las madres;
yo tengo mi niño
para que me cante;

dormir a las madres
los niños debieran;
yo tengo mi niño
para que me duerma.

Yo quiero que grites,
yo quiero que llores,
sin dormir de día,
sin dormir de noche,

que rompas la jaula,
que mates el mirlo,
que digan: —Qué malo,
qué malo este niño!

Que grites al chino
y a los barquilleros,
que te tengan rabia,
que te tengan miedo;

que les tires piedras
a los Reyes Magos
para que te caigan
entre los zapatos.

Que no duerma nadie,
porque no los dejas,
que la misma Virgen
se quede despierta

y que se trasnochen
hasta las estrellas
y las pille el día
toditas afuera...

No cierres los ojos
porque me ennochezco,
no cierres los labios
porque me ensilencio;
gritando de día,
de noche, gritando,
que yo tenga siempre
tu grito en mis brazos...

—Pero como él hace
todo lo contrario,
ya estará dormido
cuando acabe el canto.

CANTO DE GIRALUNA PARA AMOLAR TIJERAS

AMOLADOR, amuela,
silba tu silbato, silba
hasta que silbar te duela,
hasta que estén amolados
el silbo de tu silbato
y el filo de mis tijeras.

Mira que tengo que hacer
pañales y pañoletas
para el niño de mis noches
y el niño de Nochebuena.

Mira que vienen los niños
por bandadas de cigüeñas
y tengo que hacer pañales
al mundo que los espera
y colchas de agua de tilo
y fundas de yerbabuena;
tengo a mi niño con fiebres
y a mi sueño con esperas.

Dale al pie, suena el silbato,
amolador, amuela;
que corte como los rayos
el filo de mis tijeras,
que corte el vuelo del aire
y el salto de las candelas,
que corte una gota de agua,
que pique picos de estrella,
y arrimándose a la cuna
donde mi niño se enferma,
que me le corte la fiebre
y el azul de las ojeras.

¡Mira, amolador que silbas,
mira, amolador que amuelas,

mira ese chorro de fuego
que está soltando la piedra!
mira que es un colibrí,
cómo brilla, cómo vuela,
cómo chupa, cómo arde,
espántalo de la piedra,
mira que se está bebiendo
el agua de mis tijeras!

Domador de colibríes,
amolador, amuela,
mira que vienen los niños
montados en las cigüeñas.

Cuando acabe mi costura
pondremos a andar tu piedra
para cazar colibríes,
uno macho y uno hembra,
el incendio de un suspiro
y el disparo de una queja.
Los meteré en una jaula
que tenga de amor las rejas
y les daré de beber
el agua de mis tijeras,
el silbo de tu silbato
y el oro de tus candelas,
pero mientras haya niños,
amolador, amuela.

CANCION DE LAVAR PAÑUELOS

PAÑUELO que vayas llorando,
pañuelo que me irás guardando;
como me guardas los besos
veme guardando los llantos.

Para la vuelta, izaremos
con una cuerda en el patio
cien noches de cien esperas
en cien pañuelos llorados.

Y vendrán a hacerles rueda
palomas de los tejados;
y al arriar la cuerda haremos
maneras de equivocarnos

y arriaremos un pañuelo
o una paloma, algo blanco
que nos enjugue los ojos
o nos arrulle las manos.

Pañuelo que vayas llorando,
pañuelo que me irás guardando.

GIRALUNA CANTA A LA PATRIA

ASI juntó Giraluna
el cuento con la parábola
y encontró su voz de niño
para cantar a la Patria.

Nuestros dos hijos escuchan;
Giraluna cuenta y canta:

—La Reina rompió el espejo
y no le valió de nada;
en vez del espejo grande
mil espejitos quedaban.
Fue como romper un vaso
y quedar mil gotas de agua.

En vez del espejo grande
que hablaba con una boca,
quedaron mil vocesitas
gritando la misma cosa:
—Aunque rompas los espejos
y derribes el palacio,
la más bella es Blanca Nieves,
que está en la montaña de los siete enanos.

En vez del espejo grande
mil espejitos quedaron,
que echaban a las orejas
mil vocesitas de enanos.

Lo triste es que la montaña
tuvo más de siete enanos;
como el gran espejo roto
se fueron multiplicando.
Se pobló de hombres pequeños
el hondo país fantástico.

Nadie alcanzaba a las flores
en la montaña del millón de enanos.

Blanca Nieves está alta,
altísima como un salto;
el gesto le hace horizonte,
los ojos le hacen barrancos.

Hermosa, pura y lejana,
con la soledad de un páramo,
Blanca Nieves está alta,
con lo sólo de lo alto,
para llegarle a la frente
hay que llegarle soñando.

Como un muerto sin cortejo
su voz, tendida en lo alto,
se le cuaja entre su nieve
antes de llegar abajo.
Desde abajo la contemplan
sin voz un millón de enanos.

El millón de hombres pequeños
la ama con amor enano,
la llama con media voz,
la sigue con medio paso,
la vela con media guarda,
la canta con medio canto.

Blanca Nieves es tan alta,
su grandeza tan lejana,
hay que subir de tal modo,
por unas piedras tan ásperas,
llegar a su pecho es cosa
tan lejos de la esperanza,
que sin voluntad de verla,
sin devoción de llamarla,
un millón de hombres pequeños
se pierden por la montaña.

Pero allá viene la hermosa,
la reina murió en palacio;
ha llegado Blanca Nieves;
detrás, un millón de enanos.

Llega al tocador vacío,
recoge el espejo roto,
va empatando los pedazos,
va soldando los despojos,
disuelve las vocesillas
y empieza a mirarse el rostro;
mil voces son una voz,
mil espejos, uno solo;
con mil vidrios hace el vaso,
con mil gotas hace el sorbo
y con el millón de enanos
hace un hombre, un hombre sólo.

Los dos van a la montaña,
van a los árboles hondos,
con un enano hace un hombre,
con otro enano hace otro
y son todos y son uno
y ama uno y aman todos.

Amanece. Mil cabezas
altas, altas. Mediodía;
aparece un mozo alto,
como un camino hacia arriba;
con él vienen otros mozos,
un millón de frentes limpias.

Luego llega Blanca Nieves;
siete luceros la nimban,
siete mancebos la guardan,
siete doncellas la miman,
siete lobas la custodian
siete lobeznos la miran.

Sobre la vieja montaña
rueda un sol de siete días.

PLEITO DE AMAR Y QUERER

ME muero por preguntarte
si es igual o es diferente
querer y amar y si es cierto
que yo te amo y tú me quieres.

—Amar y querer se igualan
cuando se ponen parejos
el que quiere y el que ama.

—Pero es que no da lo mismo;
dicen que el querer se acaba
y el amar es infinito,
amar es hasta la muerte
y querer hasta el olvido.

—Dile al que te cuente historias
que el mundo es para querer
y amar es la misma cosa.

—Querer no es amar. Amando
hay tiempo de amarlo todo:
a Dios, al Esposo, al mundo,
tocar el borde y el fondo
y amar al hijo del Pueblo
como al hijo del Esposo.
—¿Querer es ser para uno
y amar es ser para todos?
—No; amar es amar y amar,
es como amar de dos modos:
a unos como hijos de Dios
y como a Dios, a uno solo.

—¿Amar y querer? Parece
que amar es lo que abotona
y querer lo que florece.

—Dicen que amar no hace daño
donde querer deja huella.

—Si querer es con la uña
donde amar es con la yema. . .

—Querer es lo del deseo
y amar es lo del servicio,
querer puebla los rincones,
amar puebla los caminos,
queriendo se tiene un gozo
y amando se tiene un hijo.

—Amar es con luz prendida,
querer, con luz apagada,
en amar hay más desfile
y en querer hay más batalla.
—Luego querer no es amar,
querer es guerra con guerra
y amar es guerra con paz. . .

—Querer no es lo que tú sientes,
querer no es lo que tú piensas;
tu querer de agua tranquila
ni bulle, ni arrastra piedras.

Querer no es esa apacible
ternura que no hace huella.
Querer es querer mil veces
en cada vez que se quiera.

Querer es tener la vida
repartida por igual
entre el amor que sentimos
y la plenitud de amar;

es no dormir por las noches,
es no ver de día el sol,
es amar, sin dejar sitio
ni para el amor de Dios:

es tener el corazón
entre las manos guardado
y si Ella pasa, sentir
que se nos abren las manos;

es tener un niño preso
y envejecido en la cuna;
querer es brasa, que vive
de la propia quemadura;

es no reir, porque hay algo
de lágrima en la sonrisa,
es no comer, porque sabe
a corazón la comida,

es haber amanecido
sin habernos explicado
cómo, sin haber dormido,
pudimos haber soñado.

—Todo eso es querer y amar
y amar es más todavía,
porque amar es la alegría
de crearse y de crear.

Es algo como una idea
que inventa lo que se quiere,
porque al quererlo lo crea:

No hay un hombre que supere
a la versión que de ese hombre
da la mujer que lo quiere;

ni existe mujer tan bella,
ni existe mujer tan pura
como la que se figura
el hombre que piensa en ella.

Por eso, al estarte amando,
si con un amor te quiero
con otro te estoy creando

y tú, en el querer que sientas,
si con un querer me quieres
con otro querer me inventas.

Pero allí no se detiene
la creación del amor
e inventa un mundo mejor
para el que ni mundo tiene.

Y el amor se vuelve afán
de gritarle al pordiosero:
—Quiero y porque quiero, quiero
que nadie te quite el pan;

que nadie te quite el vino,
que no te duela en los pies
la limosna del camino;

que te alces, alzado y frío
el puño de tu derecho,
prestado en rabia a tu pecho
el amor que hay en el mío.

Del obrero y sus quereres
todo el rescoldo se vea
cuando haga la chimenea
suspirar a los talleres

y en la voz del campesino
vaya un poco de mi amor,
como de savia en la flor,
como de agua en el molino;

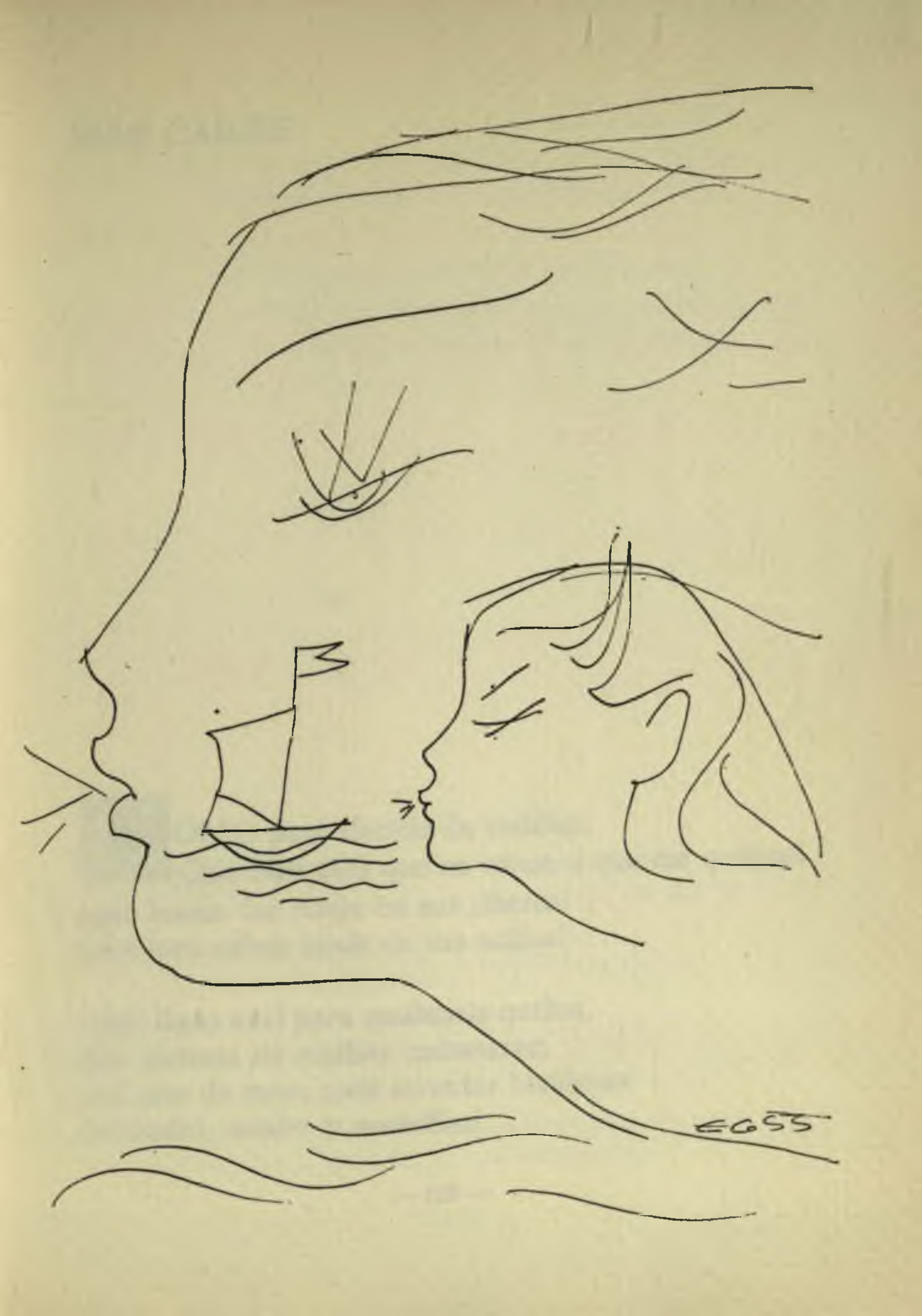
y así el amor es caricia
que se nos va de las manos
para servicios humanos
en comisión de justicia.

Amar es querer mejor
y si le pones medida
te resulta que el amor
es más ancho que la vida;

Amar es amar de suerte
que al ponerle medidor
te encuentras con que el amor
es más largo que la muerte.

y en el querer lo estupendo
y en el amar lo profundo
es que algo le toque al mundo
de lo que estamos queriendo.

GIRALUNA Y EL MAR


EG55

MAR CARIBE

COMO para decirlo de rodillas:
¡Qué bien está que en nuestro mar me quieras!
¡qué bueno fué nacer en sus riberas!
¡qué bien sabrá morir en sus orillas!

¡Qué llano azul para sembrarle quillas,
qué historia de vigilias costaneras,
qué mar de ayer, para inventar banderas
coloradas, azules y amarillas!

¡Qué bien está decir que el mar es tuyo,
que el mar es mío y que en el mar te arrullo
con arrullo del mar de nuestra infancia!

¡si hasta llorar con él tiene su encanto;
la barca es suya, de su sal el llanto,
suyo el adiós y suya la distancia.

LA DULCE OLA

A Yefrén, canario y berebere, que nos enseñó el vocablo adúcar.

LA niña de mi pueblo marinero,
que esconde en caracolas sus canciones,
trata a las olas como a los limones
y al mar que se las da, como al frutero.

Se entiende con el mar, pero primero
prueba las olas, cata los pezones
de espuma y dice: —Tengo mis razones
para esperar la dulce; y yo la espero.

Digo a la niña de las caracolas
que lo amargo, en lo lindo de las olas,
está como el gusano en el adúcar,

pero a la niña no le importa nada,
porque tiene la lengua tan llorada
que confunde la sal con el azúcar.

ATLANTICO

TU voz, sobre esta mar historiadora
mezcla el ensueño, el viaje y la novela
y al trocar el vapor en carabela
descubre, puebla, coloniza y llora.

Ni tú ni yo sabríamos ahora
si vamos al Amor o a la Isabela
ni si este sueño nos izó la vela
en Palos de Moguer o en la Aurora.

Sólo sabemos que al juntar los brazos
perdemos en el mar de los sargazos
astrolabio, compás, rumbo y sentido

y al fin, gaviero de la travesía,
el empinado sol del mediodía
le grita —¡tierra!— al corazón perdido.

PACIFICO

TE acuerdas del tamaño de tu río?
Lo llamaban "el río"; y sin embargo
a su ancho, a su hondo y a su largo
tu barca de papel era un navío.

Esto es el sueño y lo demás, letargo,
esto es el agua y lo demás, rocío,
esto es ausencia, adiós, distancia y frío,
a lo ancho, a lo hondo y a lo amargo.

Pero vas al Japón. . . De la piragua
tu barca de papel echas al agua
y haces soplar la brisa de tu aliento

y al bogar por lo inmenso lo beatífico,
tu barca de papel para el Pacífico
no es más que tu suspiro para el viento.

MEDITERRANEO

NAPOLES, Capri, el golfo sorrentino,
la noche, nuestro amor y alguien que llora:
te digo que es sirena engañadora,
me respondes que es novia de marino.

Ya dirá la sirena de la Aurora:
—Chipre es de Grecia y este mar, latino,
por este azul se llega al Vellocino
y este es el mar de amar, antes y ahora.

No falta una sirena al conticinio,
las de Argos, las de Ulises, las de Plinio,
las de Platón, las del Renacimiento;

y está la voz de la sirena boba,
la que hace tiempo que suspira y trova
por los que no tornaron a Sorrento.

ADRIATICO

ESTE es el mar que llama, entra y se entrega,
el mar de nuestra noche veneciana,
el que te trae al pie de tu ventana
su agua latina con su espuma griega.

Si no vas a este mar, el mar te llega
con miel de Atenas en la sal troyana;
tu mar del Lido y del amor. Mañana
verás que te conquista y te navega.

Ya casi no va el mar a la laguna;
paloma, puente, gondolero y luna
son muertes en el piélago obediente;

ya el Dogo no se casa con el lago,
ni pasa Byron, ni murmura Yago,
ni ruge Otelo, ni suspira el puente.

MAR MUERTO

DONDE falte botón o zurcidura,
lana de amor o algodón de olvido,
si a la malla del sueño un punto ido,
si a la almilla del alma una rotura,

mi costurera de la azul costura,
mi tejedora del azul tejido,
la del remiendo al véspero aterido,
la del rebozo a la mañana oscura

vendrá. Ya acude al estupor marino,
en su aguja el dolor de donde vino
y en su dedal la angustia adonde viene,

con pena de este mar hecho de penas
y resuelta a tejer en sus arenas
el encaje de mar que el mar no tiene.

GOLFO DE MEXICO

SOBRE el Golfo de México. Testigo,
del Viento Norte, el áspero oleaje:
te repartiste tu pasión del viaje:
dos noches con el miedo y dos conmigo.

Junto al Golfo de México, el paisaje
de Veracruz por el azul postigo,
agua de espejo en donde encuentra amigo
nuestro querer de altura y cabotaje.

Lo mismo aquí que en el azul sin playas,
como en la bajamar, te me desmayas
como en la pleamar, te me rebosas

y sube a tus ojeras el zafiro
de este mar del ciclón y del suspiro
que hicieron Dios y Juventino Rosas.

MAPA DE NUESTRO MAR

DEL silencio de ayer quedó entreabierta
la salida hacia el mar que te he guardado,
donde duerme en el golfo no encontrado
la península nunca descubierta.

Un mar al pie de su amargura muerta,
de faro, luna y sol desalumbrado;
agua de fuego en el acantilado,
sumergida pasión junto a tu puerta.

Viaje de ardida nave y playas solas,
singladura de sed que así me pierdes,
racha de ti que así me desarbolas,

mar de los mares que mi casco muerdes...
Un mar para tu amor, un mar sin olas,
un mar que hicimos de silencios verdes...

REGRESO AL MAR

SIEMPRE es el mar donde mejor se quiere,
fué siempre el mar donde mejor te quise;
al amor, como al mar, no hay quien lo alise
ni al mar, como al amor, quien lo modere.

No hay quien como la mar familiarice
ni quien como la ola persevere,
ni el que más diga en lo que vive y muere
nos dice más de lo que el mar nos dice.

Vamos de nuevo al mar; quiero encontrarte
la hora más azul para besarte
y el lugar más allá para quererte,

donde el agua es al par agua y abismo,
en la alta mar, en donde el aire mismo
se da un aire al amor y otro a la muerte.



INTERMEDIO

(TRES RETRATOS DE HOMBRE Y UNA COPIA DE DURERO)

SONETO A ROMULO GALLEGOS

ROMULO: ya la Patria está muy lejos;
la escucho ya en canciones y relatos,
la busco ya en sus cartas y retratos,
la encuentro ya como al amor los viejos.

No digo aquella de los cien reflejos
en el machete de sus arrebatos,
sino la sin maldad y sin zapatos,
de pie y de agua, como los espejos.

Ya nos queda nomás la que escribiste:
en tus libros su olor y su cadencia,
su azul remoto en tu camino triste,

su rumbo y su paisaje en tu conciencia. . .
lo demás es tu pálida Teotiste,
la mitad gloria y la mitad ausencia.

SONETO A DIEGO CORDOBA

DESDE que al corazón le dolió un ala
la usó en volar a mi ciudad porteña,
la de la luna con que el sueño sueña,
la del río de amor con que resbala.

Del mar al Pan de miel que la desala,
desde el golfo a la chara ribereña,
cruzo, sin pasaporte o contraseña
la ciudad marinera y mariscala.

Tu ciudad, mi ciudad, la ciudad nuestra,
donde busco al Varón en cuya diestra
la espada es flor y la bondad capullo,

y allí, con El, digo tu nombre, Diego,
y al corazón del Mariscal entrego
tu corazón, tan bueno como el suyo.

Cuernavaca, julio 1954.

PEDRO RIVERO

(Pórtico de ***EL MAR DE LAS PERLAS****)*

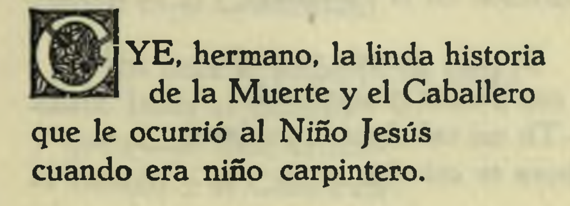
VELA inmóvil, agua clara,
la nave, nave o gaviota;
está cazada la escota,
ceñida la botavara.
Tu buzo, Pedro, prepara
su viaje a la estrella hundida
y a flor de la despedida
de agua y aire, azul y verde,
el alma es buzo que pierde
la perla de su medida.

Busca el alma sumergida
la dimensión de la perla,
gozosa de contenerla,
como la muerte a la vida;
quiere ser perla encendida
de mar, en el mar sin fondo;
y en el cielo alto y redondo
y en el mar ancho y amargo,
la nave surca a lo largo,
el alma, Pedro, a lo hondo.

LA MUERTE Y EL CABALLERO

Sin méritos aparentes, este poema tiene para mí un valor especial. Del 6 al 13 de mayo de 1929 fuí sometido en la Rotunda de Caracas a la tortura del hambre. Incomunicado con reja y "cortina doble", con un par de grillos de 80 libras en los pies, por toda cama el suelo y con hambre de varios días, ví cómo alguien pasaba por debajo de la reja un libro con tipo de breviario. Era la Imitación de Cristo; por algo escrito supe que pertenecía a Doña Nieves Villegas de Córdoba, aquella valiente y hermosa señora que con tanta intrepidez combatió la tiranía de Juan Vicente Gómez. Con el libro venía un trocito de lápiz.

Pude leer durante algún tiempo; la debilidad me vencía. En las páginas más blancas del Kempis escribí este poema. Una noche pasé de nuevo el libro a las manos amigas que lo esperaban. No volví a saber ni del libro ni del poema. Muchos años después una copia llegó a mis manos. Lo incluyo en este libro, sin considerar su calidad literaria y atendiendo sólo a lo que fue: reflejo de la resolución, testimonio de la tranquilidad del espíritu en una de las horas más tenebrosas que he vivido.



OYE, hermano, la linda historia
de la Muerte y el Caballero
que le ocurrió al Niño Jesús
cuando era niño carpintero.

Y al oírla piensa en la gloria
de un gran dolor y un gran denuedo
y en cómo el sufrir es el vino
que embriaga a las almas sin miedo.

Sucedió que el niño Jesús,
cuando era niño carpintero,
regresaba una vez del bosque
trayendo en el hombro un madero.

—Cómo pesa, madre, este leño.
¡Me duelen los hombros! —decía;
y le enjugaba los sudores
la señora Santa María.

San José le dijo: —Has sufrido,
pero te he de hacer un regalo:
con el madero que trajiste
te haré un caballito de palo.

Con el viejo tronco sin vida
hizo un caballo el carpintero
y el leño parecía un arbusto
florecido en el caballero.

El niño detuvo su potro
y con serena gracia habló:
—Tú me cabalgaste, madero;
ahora te cabalgo yo.

Pasaron veinte años. Un día
marchaba Jesús al martirio
con una cruz sobre los hombros
—el peñasco encima del lirio.

—¡Cómo pesa, madre, este leño!—
y Jesucristo sonreía
y con su llanto caminaba
la señora Santa María.

Llegó al Calvario y dijo Cristo:
—Esta es mi cruz y mi regalo;
con el madero que me duele
haré un caballito de palo.

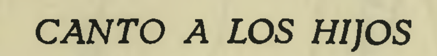
Lo clavaron; quedó sembrado
y desde arriba Cristo habló:
—Tú me cabalgaste, madero,
ahora te cabalgo yo.

Sobre el viejo leño sin vida
quedó el hijo de Dios clavado
y la cruz parecía un arbusto
florido en el Crucificado.

Pero ante el asombro de todos
azuzó Jesús el madero
y galoparon cielo arriba
el caballo y el Caballero.

Hermano: la cruz es la gracia
de Dios en el alma del fuerte.
Pídele un caballo de palo
al Caballero de la Muerte.

Caracas, 10 de mayo 1929.



CANTO A LOS HIJOS



CANTO A LOS HIJOS

Pórtico

TENGO dos hijos, tierra, tengo dos hijos, cielo:
el andar que buscaba para el último paso,
las alas que pedía para el último vuelo;

tengo mis dos pastores, igual que Garcilaso,
para imitar sus quejas cuando le entregue al viento
mis últimos carneros: las nubes del ocaso.

Seis años cuenta ahora mi charro turbulento,
ocho mi niño tácito, mi sabio taciturno;
aquél hice de chispa y éste de pensamiento.

De éste los pies reclaman descansado coturno,
de aquél la fantasía pide para su mano
a Berenice un bucle y un anillo a Saturno.

Son de parto cesáreo —no es parto cesariano;
cesáreo es de cortar y en la matriz el corte—
con la etimología que da Plinio el Anciano.

Del Este al Mediodía y al Poniente y al Norte
los dos son la girándula de amor que regalara
al Girasol orondo Giraluna consorte.

Nuestro amor mira y mira, como si preguntara:
—Y antes de que ellos fueran ¿qué era lo que era
y qué, además de lágrimas, los ojos de mi cara?

¿con qué voz caminaba la obligación casera,
con qué pies se bajaba la escalera del sueño,
de qué mano venía la canción costurera?

¡Cómo logró el cariño su doble desempeño,
que al elogiar proclama: —¡Ya me alcanza de alto!
y al defender alega: —¡Pero si es tan pequeño!

Mientras mil hombres quieren disgregar el cobalto,
matar con el uranio, deshacer con el torio,
yo entrego mis dos hijos al mundo en sobresalto

y digo que es infame y es vil y es proditorio
que en el jacal invente vidas el aldeano
y el sabio asesinatos en el laboratorio;

y digo al estadista miope y presbiteriano
que el que con sangre y muerte llenó su presbiterio
no merece ni un hijo que le bese la mano;

digo al Adicto rojo del nuevo Falansterio
que con la luz del día la libertad dialoga
y el bien está en ser libres del odio y del misterio;

y digo al pretoriano que se robó la toga
que a él y al apóstol que se robó la cena
les crece el mismo cuello para la misma soga;

y digo que mis hijos son un grito que ordena
en el nombre del Padre, de la Madre y del Hijo
respeto al alma propia sobre la carne ajena,

respeto al bien de todos en el pan y el cobijo,
respeto a la plegaria y al credo que la reza
y a la palabra atea y al labio que la dijo.

Mis hijos son el llanto de la Naturaleza,
mis hijos son el modo de protestar la aurora
por el sol traicionado de la vida que empieza.

Son los niños del mundo, todo el que ríe y llora
el derecho a la vida, la dignidad del sueño,
la bondad que anticipa su voz gobernadora;

mis hijos, paz del triste, grandeza del pequeño,
la fe que pide sitio, la voz que pide cancha,
la humanidad que cuelga de sus manos sin mancha
el alma innumerable de la lira sin dueño.

Despertar

Es el alba. Los niños despertarán. ¿Qué hicimos
los hombres con la noche, tan bella como el sueño?
Ayer nomás, el mundo
nos puso entre las manos la suerte de su sombra.

Nos entregó a los hombres
una noche tan dócil como un esclavo niño
y en la sombra sumisa
¿con qué luz alumbramos, con qué sueño escribimos?
Nos dió, para sembrarla,
la sombra de sus pobres, la noche de sus tristes,
su mano sin terrones, su boca sin cartillas,
nos dió su sombra hermosa, como una niña negra,
nos dió su noche bruta como una tierra niña.
Para enseñarle cantos,
para cantarle lumbres,
para alumbrarle letras,
el mundo de los niños y los simples
nos dió la sombra en paz de sus cabezas.
Y nosotros, los dueños de la luz y del grito,
del lucero en la noche y el camino en la tierra
¿qué hicimos con el alma del ser oscurecido?
¿qué luz y qué palabra,
qué pan, qué tierra dimos
a la noche inocente del niño sin estrellas?

En los seres oscuros como aldeas de noche
y en el agua sin luz de sus postigos,
en la cabeza oscura de los tristes,
¿qué paz, qué amor, qué lámpara encendimos?
¿qué casa con qué voz que abra la puerta
dejamos en la mano que nos tendió el camino?

En el pueblo, en el monte, calles negras,
rendijas y rendijas
por donde en vez de voces salen quejas,
por donde en vez de luz sale un ay amarillo
que va temblando, como luz de vela.

Es el alba. Los niños despertarán; ¡qué pena,
si nos vieran adentro nuestros hijos!
Sumisión, miedo y hambre,
estafa de la voz y estupro del suspiro.
Es el alba. Los niños despertarán, amigos:
¿quién besará sin manchas la frente de la aurora?
¿quién mirará de frente los ojos de los niños?

Regreso al despertar

Buenos días, amigos,
mis pequeños amigos, mis mejores amigos,
mi amistad con las fuerzas de lo puro,
cantemos al postigo que nos tiende
la voz de luz con que nos habla el mundo,
cantad lo maternal que la mañana
pone en la leche de los desayunos,
saludad al que está en la cruz clavado
y al sol, al santo sol que nos libra del susto.

Bendigamos el agua del baño que os espera
y el pan que sazonamos con sal de mis sudores
y el libro de la Escuela.
Esta tarde, al regreso de la Escuela, hablaremos
de cómo puede el aire con la tierra,
de cómo puede el hambre con los días,
de cómo puede el frío con la piedra,
de cuánto pesa una montaña de oro
y de cómo el dolor puede con ella,
de cuán pesada es la pobreza humana
y de cómo el amor la lleva a cuestas,
de cómo tiene el pescador del río
un pie en el río y otro pie en la estrella,

Y daremos la clase que no se da en la Escuela.
Diremos, como amigos: —¡Conócete a ti mismo!—
a todos los que iremos encontrando.
La respuesta de todos nos la dará la vaca
que bebe en el espejo del pantano
y le pregunta al agua por qué razón del agua
esa vaca del agua se la queda mirando.
Esta tarde hablaremos de la patria
que echa a sus hijos niños y los conoce ancianos.

Clase

Aquí estamos el hombre, la mujer y los niños
para dar una clase de distancia y presencia,
con un recuerdo que haga llegar el horizonte
hasta las manos, por un mar de alberca,
con una voz de pálido regreso
que se traiga la playa entre las velas,

con un amor de golfo madrugado
que en el playero caracol se tuerza,
con un dar y tomar de niño y patria
sobre una ola azul que vaya y vuelva
y un sureste que traiga entre las manos
el nelumbo de adiós de mis riberas
y una nube de allá como una hamaca
de relevada carga en que se mezan
el canto de mis hijos, cuando vaya,
y el olor de la patria, cuando vuelva.

Ayer la geografía era presente y viva,
ayer sólo la historia era pretérita.
Hoy, ya, para nosotros, geografía es historia,
un recuerdo de un niño que escribía en la arena,
algo de cuna y río, de golfo y cementerio,
una gota de agua sobre una hoja seca,
una balandra que soñó un gran viaje
y envejeció lavándose las velas.

Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la misma tierra,
la del pueblo elegido
para llenar de tumbas y de patrias a América,
la de adelante en viajes a Judá o a la Cólquida,
de una vez argonauta y cananea.

Canaán, y sus hijos Israel, escogidos
para andar repartiendo libertad a las tierras:
con las uñas cavaron, con la sangre regaron
los huesos de su siembra
y al fin, de patria a patria
se pasaban la fruta que le faltaba a ella.
Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela,
la del signo del Exodo, la madre de Bolívar
y de Sucre y de Bello y de Urdaneta
y de Gual y de Vargas y del millón de grandes,
más poblada en la gloria que en la tierra,
la que algo tiene y nadie sabe dónde,
si en la leche, en la sangre o la placenta,
que el hijo vil se le eterniza adentro
y el hijo grande se le muere afuera.
Se van a libertar, por tierra y agua,
a pelear con las armas y las letras
y alguna vez embarcan las miradas
hacia el rincón del mar donde está Ella,
más difícil que un pozo en el desierto,
más bella que un amor en primavera.
Y todo comenzó en Coquivacoa,
el signo de sus hijos y el de Ella:
le encontraron las casas metidas entre el agua
y de allí le quedaron los viajes en las venas.

Pero aquí estamos cerca de los hijos,
para darles la Patria como es buena,

para darles la Patria sin dolor de palabra,
como se dan las patrias, sin mojar sus ojeras,
como se dan los ojos, sin cortarles el día,
como se da la noche, sin cortarle la estrella,
como se da la tierra, sin cortarle los árboles,
como se dan los árboles, sin cortarles la tierra.
Y hablar así, a los hijos, de la Patria lejana,
en una clase clara, con la ventana abierta:
Los cuatro que aquí estamos
nacimos en la pura tierra de Venezuela;
amamos a Bolívar como a la vida misma
y al Pueblo de Bolívar más que a la vida entera
y a Venezuela, inalcanzable y pura,
sabemos ir por el "bendita seas".

Juego de Caballería

Vengan el primogénito y el segundón, varones
que ayer corrido hubieran con tan distinta suerte:
al grande, el mayorazgo con sus vinculaciones,
al pequeño, la Iglesia, el mar, la muerte.

Vengan hoy de mis manos
a recibir la herencia y la divisa
que han de hacerlos iguales, más que hermanos,
que han de gozar en forma perpetua e indivisa.

Al bien que les deseo
se reducen los bienes todos de la heredad:
lo que apenas tenía, lo que ya no poseo:
Salud y Libertad.

Menguado, en apariencia,
tal deseo de bien por toda herencia;
pero dejo en sus manos mi divisa
que es la mitad de esto con la mitad de aquello:
Para vivir sin pausa, para morir sin prisa,
vivir es desvivirse por lo justo y lo bello.

Cuento de Salud y Libertad

Salud y Libertad, bienes hermanos
pero de impar dimanación y goce;
la salud es de Dios y buen gobierno,
la libertad, más fuerte que los hombres;
la salud, a la larga, se hace corta
y a lo libre no hay filo que lo corte.
Escuchad este cuento que os inventé hace años,
el del Castillo de los Ruiseñores;
oidlo con el metro de los Himnos,
cantadlo con la voz de las canciones:

Este era un Rey; tenía
un Castillo con torres y torres
y una hija más bella que el campo
cuando encienden la luz de las flores.
Y poblaban estancias y patios
y claustros y torres,
ruiseñores en jaulas de oro,
ruiseñores en jaulas de bronce,
y por eso al Castillo llamaban
el Castillo de los ruiseñores.
Pero un día murió la doncella
y el señor del Castillo encérrose
para siempre en el frío aposento
de la más invernal de las torres.
Y por ser más igual con la Muerte
y poner el silencio a sus órdenes,
ordenó que en sus jaulas doradas
cortaran las lenguas de los ruiseñores.
Y así fue que al llegar al Castillo
sacudía de espanto a los hombres
la visión de los pájaros mudos
sobre el ancho rumor de los bosques.
Y los días pasaban; los días,
mudos, como noches,
¡cuando, un día, estalló con el alba,
la sorpresa de un canto en las torres!

En tropel recorrieron las jaulas
los callados guardianes del orden
para ver quién rompía el silencio
y arrancar con la lengua las voces.
Pero en vano buscaron prenderle,
porque huía de todos los hombres,
porque aquel era el pájaro libre,
conspirador del cielo,
agitador de sus alas veloces,
un fugaz ruiseñor de los campos
con canto de flecha mojada en los bosques
y a su grito, la voz de los libres
entró en el Castillo de los Ruiseñores.

[illegible]

[illegible] para siempre en el [illegible]
de la [illegible] de los [illegible].
Y [illegible] con la Muerte
y [illegible] el [illegible] a sus [illegible],
sabrá que en sus [illegible]
cantarán las [illegible] de los [illegible].
Y así fue que se [illegible] el Castillo
[illegible] de espanto a sus [illegible]
la [illegible] de los [illegible]
sobre el [illegible] de las [illegible].
Y los [illegible] los [illegible],
[illegible] como [illegible],
[illegible], en [illegible] con el [illegible],
la [illegible] de su [illegible] en las [illegible].

Confesión

Mas vale que os confiese de la mejor manera
lo que, quién sabe cómo, va a contaros cualquiera;
sabed que soy poeta, hijos míos, un hombre
que nombra y que camina, sin camino y sin nombre.

Yo soy lo que ha dejado el pirata en la playa,
nada en el horizonte, un punto en una raya:
yo soy lo que ha quedado del saqueo en la vida:
la puerta de la casa de la llave perdida.
Soy la hoja quemada que el incendio nos deja
y en la primera brisa danza un poco y se aleja;
soy la amargura anónima de las almas sin dueño
que vivieron de un canto, de un dolor y de un sueño.
Soy el amo del humo que se queda en la casa
diciendo adiós al fuego del batallón que pasa.
Soy el poeta, hijos, casi nada en la vida,
lo que abrasa en la sed, lo que duele en la herida,
lo que quiere elevarse después de la matanza,
con un ala hacia el suelo y otra hacia la Esperanza,
lo que muere en la guerra y expira en los despojos
y un poco de esa gota que tiembla en vuestros ojos.

Los hijos infinitos

Cuando se tiene un hijo,
se tiene al hijo de la casa y al de la calle entera,
se tiene al que cabalga en el cuadril de la mendiga
y al del coche que empuja la institutriz inglesa
y al niño gringo que carga la criolla
y al niño blanco que carga la negra
y al niño indio que carga la india
y al niño negro que carga la tierra.

Cuando se tiene un hijo, se tienen tantos niños
que la calle se llena
y la plaza y el puente
y el mercado y la iglesia
y es nuestro cualquier niño cuando cruza la calle
y el coche lo atropella
y cuando se asoma al balcón
y cuando se arrima a la alberca;
y cuando un niño grita, no sabemos
si lo nuestro es el grito o es el niño,
y si le sangran y se queja,
por el momento no sabríamos
si el ay es suyo o si la sangre es nuestra.

Cuando se tiene un hijo, es nuestro el niño
que acompaña a la ciega
y las Meninas y la misma enana
y el Príncipe de Francia y su Princesa
y el que tiene San Antonio en los brazos
y el que tiene la Coromoto en las piernas.
Cuando se tiene un hijo, toda risa nos cala,
todo llanto nos crispa, venga de donde venga.
Cuando se tiene un hijo, se tiene el mundo adentro
y el corazón afuera.

Y cuando se tienen dos hijos
se tienen todos los hijos de la tierra,
los millones de hijos con que las tierras lloran,

con que las madres ríen, con que los mundos sueñan,
los que Paul Fort quería con las manos unidas
para que el mundo fuera la canción de una rueda,
los que el Hombre de Estado, que tiene un lindo niño,
quiere con Dios adentro y las tripas afuera,
los que escaparon de Herodes para caer en Hiroshima
entreabiertos los ojos, como los niños de la guerra,
porque basta para que salga toda la luz de un niño
una rendija china o una mirada japonesa.

Cuando se tienen dos hijos
se tiene todo el miedo del planeta
todo el miedo a los hombres luminosos
que quieren asesinar la luz y arriar las velas
y ensangrentar las pelotas de goma
y zambullir en llanto los ferrocarriles de cuerda.
Cuando se tienen dos hijos
se tiene la alegría y el ay del mundo en dos cabezas,
toda la angustia y toda la esperanza,
la luz y el llanto, a ver cuál es el que nos llega,
si el modo de llorar del universo
o el modo de alumbrar de las estrellas.

Coloquio bajo la Acacia

Y cuando se tienen todos los hijos de la tierra
se tiene un hijo, un solo hijo, la plenitud del hijo,
se tiene un hijo en dos o en mil o en uno
y se dice "hijos míos" o "hijo mío",
Hijo, en función de toda la soledad del mundo,
Niño a la vez y humanidad del Niño;
mi niño en dos, mi niño solitario
como la muchedumbre de los hijos,

la humanidad de hoy, en una cesta
y en la mitad del Nilo.
Hijo mío, que eres
mis dos hijos, a un tiempo con el hijo infinito,
igual que en el encaje del Misterio
el Hijo es uno con el Santo Espíritu
y en Ellos y en El están enteros
los irredentos y los redimidos.

En tus dos corazones, como si fueran uno,
de este modo te amo, hijo mío, hijos míos,
inseparables e innumerables,
uno en los dos y en ellos el Universo niño.
Y amo a la tierra y quiero una tierra inocente
para que la vivan mis hijos;
quiero un mundo en los brazos de una siesta de paz,
para que lo arrullen mis hijos,
un mar estremecido de amantes travesías,
para que lo surquen mis hijos,
un bosque acribillado de veredas de amor,
para que se internen mis hijos,
una montaña alta, como una idea pura,
para que piensen mis hijos,
el aire puro y pura la palabra del agua,
para que canten mis hijos,
la humanidad y la naturaleza
puras, como mis hijos.

Hijo mío, te quiero
como quisiera al mundo en que he sufrido:
bajo el sol de la paz y la justicia
el hombre del amor y del principio;
un planeta que cuelgue como fruta del cielo
y se lleve como el Niño Jesús lo lleva, tan tranquilo,
porque sabe que en ese que él sostiene en su mano,
el blanco quiere al negro y ama al chino.
Sobre un planeta justo, un hombre justiciero,
sobre un seno, un pezón de leche y de cariño,
todo un planeta y más, casi una estrella,
y un hombre, todo un hombre, casi un niño.

Así te amo, en esa forma os amo,
hijo mío, hijos míos,
pero no sé si estará bien que venga
poniendo condiciones al destino;
yo os quiero como sois; quizá más tarde os quiera
como queráis vosotros mismos;
por hoy, es suficiente con teneros al lado,
porque si no os tuviera al lado mío,
ya no sería más que una voz en la calle,
pregón de adiós de un vendedor de olvidos.

Coloquio bajo la Palma

Lo que hay que ser es mejor
y no decir que se es bueno
ni que se es malo,
lo que hay que hacer es amar
lo libre en el ser humano,
lo que hay que hacer es saber,
alumbrarse ojos y manos
y corazón y cabeza
y después, ir alumbrando.

Lo que hay que hacer es dar más
sin decir lo que se ha dado,
lo que hay que dar es un modo
de no tener demasiado
y un modo de que otros tengan
su modo de tener algo,
trabajo es lo que hay que dar
y su valor al trabajo
y al que trabaja en la fábrica
y al que trabaja en el campo,
y al que trabaja en la mina
y al que trabaja en el barco,
lo que hay que darles es todo,
luz y sangre, voz y manos,
y la paz y la alegría
que han de tener aquí abajo,
que para las de allá arriba,
no hay por qué apurarse tanto,
si ha de ser disposición
de Dios para el hombre honrado
darle tierra al darlo a luz,
darle luz al enterrarlo.

Por eso quiero, hijo mío,
que te des a tus hermanos,
que para su bien pelees
y nunca te estés aislado;
bruto y amado del mundo
te prefiero a solo y sabio.

A Dios que me dé tormentos,
a Dios que me dé quebrantos,
pero que no me dé un hijo
de corazón solitario.

Invitación

Te quiero viajero largo,
de profundo navegar,
viajero de todo el campo,
viajero de todo el mar,
que no te alcancen las olas
para tu sed de viajar.

Coloquio bajo el Laurel

Quiero que me cultives, hijo mío,
en tu modo de estar con el Recuerdo,
no para recordar lo que yo hice,
sino para ir haciendo.
Que las cosas que hagas lleven todas
tu estampa, tu manera y tu momento.

Y cultiva mi amor con tu conducta
y riega mi laurel con tus ejemplos.
Viviendo estás los años más sucios de la Historia,
pero si sobrevives, será tu tiempo el tiempo
de la bondad triunfante, de la justicia erguida,
donde la voz alcance la libertad del sueño;
para entonces, quisiera que fueras bueno y grande,
que tu conciencia fuera, no de un hombre, de un pueblo,
pero que tu grandeza fuera la cosa tuya
y tu bondad la cosa tuya y de mi recuerdo.
Tú eres el hombre, hijo, de la hora esperada,
pero, si has de creerme, la bondad es lo cierto,
y para poseerla, precisa ser valientes;
la bondad es lo dulce del valor y el respeto.
Si alguien te pide tu sabiduría,
dásela, aunque se niegue a creer en tu credo;
si alguien te pide un pedazo de pan,
dáselo y no preguntes bajo qué tienda va a comerlo;
si alguien te pide tu amistad,
dásela, aunque no piense como tu pensamiento;
si alguien te pide agua,
dásela y no preguntes si va a regar su huerto,
si va a calmar su sed, si va a lavar sus manos,
si va a ponerla en tierra para hacer un espejo.
Para el bueno, la idea tiene el ancho del mundo
y un pan es del tamaño del hambre del hambriento.

Como si fueras de cristal,
realízate por dentro,
como si un mundo de miradas te estuviera mirando,
como si el pueblo tuyo te tuviera de espejo
para que se peinaran sus hijos
la conciencia mirándote el corazón entero.
¡Ay, la Patria y sus niños! mientras hablo, hijo mío,
quiero besar a un niño de mi pueblo,
con el sol de mi tierra entre sus ojos
y el amor de mi madre entre mi beso.

La Verdad, sólo Ella en tu conducta,
tan sólo la Verdad en tu cerebro,
pero que al corazón le quede algo
de las dulces mentiras que te enseño:
que en el profundo bosque son verdades
las fábulas del tigre y el conejo;
que el mundo tiene un pájaro que habla,
un agua de oro, el canto de un madero
y un corazón que marcha, sin mirar hacia atrás,
hasta llegar a ellos;
que ha de volver, sobre el caballo flaco,
con Sancho al lado, el hondo caballero;
que el día es del trabajo y del amor la noche,
que no hay casa sin pan, que el hombre es bueno,
que el pez navega por lo azul del agua
y el ave vuela por amor al viento.

Coloquio bajo el Olivo

Por mí, la flor en las bardas
y la rosa de Martí,
por mí el combate en la altura
y en la palabra civil;
para mí no hay negro esclavo,
para mí no hay indio vil,
por mí no hay perro judío
ni hay español gachupín,

el bravo ataca el sistema
y respeta al paladín,
el Cid abre herida nueva,
no pega en la cicatriz
y es pura la niña mora
como las hijas del Cid.

Por mí, ni un odio, hijo mío,
ni un solo rencor por mí,
no derramar ni la sangre
que cabe en un colibrí,
ni andar cobrándole al hijo
la cuenta del padre ruin
y no olvidar que las hijas
del que me hiciera sufrir
para ti han de ser sagradas
como las hijas del Cid.

Coloquio bajo el Ciprés

Y ahora, en el crepúsculo, es la hora
de mirarnos las caras
con poco hablar y con decirlo todo,
seis ojos y tres ánimas,
la confluencia de todo en el silencio,
mi ser que se convoca, como el agua en el agua,
en un solo mirar mi turno entero,

mi vida entre mis tardes y tus albas,
porque es bueno pensar que cualquier día,
quizá muy pronto, sea para el ciprés mi alma
y en una tarde de las tardes mías
o en un amanecer de tus mañanas,
te apartes una gota de otra gota
para que entre en tus ojos mi última mirada.
Por eso, en este ocaso, ya es la hora
de entregarte mi lámpara,
ya nos llegó el momento
de que tu mano encienda la luz que se me apaga.
Mi luz, mi pobre luz a ti confío,
farol en tu pasillo, veladora en tu cama;
no digas que es linterna para encontrar a un Hombre,
sino luz de sereno que ayude a los que pasan.
En las noches sin luna, cuélgala en el camino,
en las de tempestad ponla en la playa,
haz de mi luz un hecho que ilumine tu mano
y de tu mano un hecho de tierra iluminada.

Y así como te doy el cuido de mi luz
y así como te pido cultivarla,
como te doy mi luz, te doy mi sombra,
sólo para tu amor y tu esperanza;
también la sombra puede cultivarse
si se le da la vecindad del alma;
como se siembra un árbol en la tierra
puede sembrarse un sueño en la almohada.

Si hasta mi misma luz llega a faltarte,
mi sombra estará siempre detrás de tus pisadas.

Más que mi luz, tuya
mi sombra acostada,
no hay quien te la quite,
sombra no se apaga,
tuya para siempre;
hijo de mi alma,
la sombra es lo único
que no arrastra el agua.

Se van el Canto y el Sueño

Canté a los dos como si fueran uno.
Ya están durmiendo; en el ciprés mitigo
la lumbre del lucero inoportuno;

ya el Canto ni lo canto ni lo digo,
y apenas flota sobre los durmientes,
la flor con ellos, la raíz conmigo;

ya el Canto es globo, en las dormidas frentes
se vuelve azul, de celestial beleño,
chupándose los sueños transparentes;

ya se va el Canto y con el Canto el Sueño,
ya sube a la región maravillosa
del mago de la alfombra y Clavileño;

mañana es el entierro de la rosa,
pero esta noche llorarán por ella
en el velorio de la mariposa.

Ya se fué el Canto; ya es mi voz aquella
punta de luz que se me desvanece,
como si se fugara de la estrella.

La madre canta; en la canción se mece
la rama seca de lo que agoniza
con el retoño de lo que amanece;

ellos y yo, su brasa en mi ceniza,
canción de madre que ennoblece el Canto,
sueño de niño, que lo canoniza.

Y así los cuatro en el coloquio santo
con la esperanza sobre la almohada,
detrás del sueño y más allá del llanto,

y allá, por fin, la humanidad lograda
detrás del bosque de sus crucifijos,
recibiendo en el hambre y la mirada
la luz y el pan que le darán mis hijos.

Cuernavaca, México, octubre 1954.

A UN AÑO DE TU LUZ

(ELEGÍA A LA MADRE)



A UN AÑO DE TU LUZ

A un año de tu luz, e iluminado
hasta el final de su latir, por ella,
desanda el viaje el corazón cansado.

De tu voz, de tu mano y de tu huella
retorna a la niñez, donde palpita
sangres de luz tu corazón de estrella.

Vamos los dos a la esperada cita
y parece saltar de mi costado,
santa y clara, tu voz de agua bendita.

Y así al solar de la niñez llegado,
mi corazón, devuelto de tu muerte,
a un año de tu luz, e iluminado.

Luna de Cumaná, para encenderte
la lámpara de arrullo que me duerma
y el postigo de voz que me despierte.

Luna en el pan de la colina yerma,
en el río, en el golfo, en la sabana,
pavón lunar de mariposa enferma;

y luna en el cocal, junto a Chiclana,
donde el recuerdo azul de tus amores
se echa a dormir, como una caravana;

luna para los mapas de colores
que teje la nocturna confidencia
rumbo a la calle de Flor de las Flores

y luna que en tus uvas se aquerencia
para la miel de aquellas de tu parra
y el limón de las doce de tu ausencia.

Ancha la casa que el poema narra:
blancas mujeres, de azabache el pelo,
hechas al par de hormiga y de cigarra;

buenas para el bautizo y para el duelo,
parejas en el hambre o en la medra,
del sueño canto y del dolor pañuelo.

Galaica flor en castellana piedra:
vaciada al acueducto segoviano
la ría de candor de Pontevedra.

Así te halló el Esposo y Hortelano,
Doctor para saber cómo se tienta
el pulso al corazón desde la mano.

Así el hogar, Señora y Cenicienta,
nodriza y enfermera en el manejo
y en el combate al sol, lugartenienta.

Así la lucha y la prisión, espejo
de aquella tierra de recluta y canto,
panal del niño y retamal del viejo.

Y tu niño en la flor del camposanto
y el Esposo en el sol de los caminos
y el exilio y el mar: cosas del llanto.

La isla de los lobos peregrinos,
de níspero el sabor, de perla el flanco,
de sal, de sol, de piedra los marinos.

Copia de espuma y ola en el barranco,
de noche y playa, Médico y Cochero,
el coche negro y el caballo blanco.

Y la Virgen del Valle y del vallero,
perla para los buzos hacia arriba,
madre del mar y de su marinero.

La Isla, como tú, del mar cautiva,
con eso de la sed y de la vela,
siempre llegando y siempre fugitiva.

Dormir allí, bajo tu cantinela,
soñar domingos de color de playa
en la semana de color de escuela.

Dormir allí, pescado en la atarraya
de tu labor de estambre y mecedora,
mi sueño, entre las dunas de tu saya.

¡Ay, las hermanas de durazno y mora!
¡Ay, mi hermano de amor y de centella!
¡Ay, mi Padre de luz y tú de aurora!

Ay, el claro querer sin la querella!
Tu pan, tu sol, tus ojos, para el día;
para la noche, kerosén y estrella.

Para la noche de ponerte fría,
cuando oíste subir de tus hinojos
el llanto de mi verso que nacía.

Yo en tus rodillas, en la calle abrojos,
en la acera los dos, y una saeta
mi primer verso fué para tus ojos.

Me alzaste en brazos; trémula y coqueta,
fuiste y volviste de la risa al lloro
y empezaste a gritar: —¡Tengo un poeta!

Tú quisiste decir: —Tengo un tesoro,
tengo un ovillo de torzal de plata
y una cocina de fogón de oro. . .

Así la Isla: calles de piñata,
amor de la muñeca y la gaviota,
cartas de sol con lunas de postdata.

Hasta el día en que el mar, gota por gota,
cayó desde las nubes de tu llanto
hasta los pies de tu muñeca rota;

y otro pedazo tuyo al camposanto:
niña del mar, que te prestó la tierra;
tánto te daba y te quitaba tánto.

Y al mar de nuevo, la balandra en guerra,
y el cabo al tajamar y el salto al valle
del pequeño calvario y la alta sierra.

La ciudad linda, de guirnalda al talle,
el bronce amado y el verdugo triste
y el silencio del hombre de la calle.

De allí acá, lo que amaste y lo que diste,
pobreza alegre, dignidad del trino,
lo que rinde el canario en el alpiste.

La vida cara y el caudal mezquino,
pero eran molinero y molinera
conformes al moler de su molino,

Pan blanco, traje limpio y clase entera,
nosotros, el jardín, y al riego diario,
mi Padre el agua y tú la jardinera.

El sudor de mi padre... y del armario
sacabas y templabas en tu seno
sus ropas de dormir, de escapulario.

Ignoraste el rencor y el veneno,
tu pañuelo jamás midió el camino
que había entre tu amor y el llanto ajeno.

Eras cuidar el vaso y dar el vino,
como el remanso, cuando da el lucero,
pero se queda con lo cristalino.

De ti la plenitud al mundo entero,
al mundo gris, que te pasaba al lado,
fiel cobrador y amargo cobradero.

Y así hasta el fin. El hijo que ha marchado
llevando de tu voz, en el oído,
algo que no ha dormido y ha llorado.

La vuelta del amante malherido
y el trance de tu angustia a su regreso,
buscándole el regreso del olvido.

¡Y esa noche sin Dios que trajo eso!
mi Padre muerto, yo a su cabecera
y tú a sus pies, amortajando el beso.

Siguió tu oficio de sepulturera:
muerto el hermoso hijo en mala muerte
y sembrando algodón tu cabellera.

Presos los hombres de la casa; fuerte
se te hizo el corazón, y asombrada
se asomaba tu angustia para verte.

Una tarde te vi, por la enrejada
ventana del penal, de nieve el pelo,
sin un temblor la cruz de la mirada.

El páramo, un lugar vecino al cielo
y una alcabala allí, donde el espía
desmoronó tu pan de bizcochuelo.

Y tus manos de bruja artesanía
en el punto cabal de la chaqueta
y en escarpines de juguetería.

(Por eso, tejedora en el Poeta,
en la dantesca red de los tercetos
engarzo a ti lazada y cadeneta).

Y el regreso a los hijos y los nietos,
feliz de tus estancias favoritas
y enredada la lengua de alfabetos;

y la puntualidad de tus visitas
a misa de San Juan, por la mañana,
o a la capilla de las hermanitas.

Morir, morir... La insustituible hermana
al reino de la nube y de la flecha,
luna descalza, huyó por la ventana.

No fué más que otra deuda satisfecha
en el trueque de savias y de flores
que había entre la tumba y tu cosecha.

Tu casa de San Luis de los Dolores
alzó al lacrimatorio de los pinos
la conciencia de ángel de las flores.

Y tú a sus pies; el odio en los caminos
y tú, ofreciendo en el cruzar del fuego
aire de amor a todos los molinos.

Era molerte el alma; el mundo ciego
luchando, y tú, en el centro de la guerra,
sin queja, sin rencor y sin sosiego.

Y al último dolor, tu vida cierra
balance de los hombres de tu entraña:
bajo la tierra, dos, y uno sin tierra.

Al mar de nuevo, a darme en tierra extraña
la valiente mirada que quería
luchar contra la gota en la pestaña.

Después, aquellos hombres de alma fría;
el inhóspito lecho hospitalario;
tu mano tejedora que tejía,

como estaciones de su itinerario,
sobre la tela del cercano cielo,
el encaje final de tu rosario.

Y el regreso al hogar, el negro vuelo:
con las dos alas el avión cortaba
varas de noche para nuestro duelo.

Aldebarán, que nos acompañaba,
las Pléyades y el mar que las refleja
miraron una urna que volaba.

Al final del estambre en tu madeja
se cuajó en tu mirada nebulosa
la última uva de la noche vieja.

Así fué. Y al morir la Dolorosa,
un ave negra le llevó al lucero
en el pico ladrón la mariposa.

Fué en un día tres veces agorero;
ese día de un mes, nos ha quedado
como el mejor para decir "Me muero".

Así fué, madre, el fin de tu bordado.
De tus hijas y nietas el gemido
puso a temblar el pino abandonado.

En hombros te llevaba el pueblo herido,
la múltiple cabeza descubierta,
y al pasar por San Luis, tu viejo nido,

el mundo de tu amor salió a la puerta
y el silencio de un hijo que lloraba
metió el pinar en tu cajón de muerta.

Aquí, conmigo estás; yo, que soñaba
viajar contigo, tengo en tu retrato
esa sonrisa que te iluminaba.

Y allá estarás, en el taller beato,
para vestir de blancos faldellines
a mi angelito negro y al mulato,

para llenar de azules escarpines,
tejidos con celajes y destellos,
la canastilla de los serafines.

Estamos con los hijos y hasta ellos
vemos caer la luz de tu mirada,
peinando con tu nombre sus cabellos.

Tenemos tu sonrisa iluminada;
la voz de tu trisagio y de tu misa
le grita a mi dolor: —¡No ha muerto nada!

Con bosque y mar, con huracán y brisa,
con esa misma muerte que te encierra,
de la gracia inmortal de tu sonrisa
llenos están los cielos y la tierra.

México, octubre de 1950.

ELEGIA AZUL CON UNA ESTRELLA Y OTROS POEMAS

ELEGIA AZUL CON UNA ESTRELLA

Primer aniversario de la muerte de María Luisa Blanco.

UN año cumplió la estrella
de apagarse en los nacientes
y encenderse en las tinieblas.

Un año cumplió el lucero
de apagarse en la mirada
y encenderse en el recuerdo.

Un año cumplió la lámpara
de apagárseme en las manos
y encendérseme en el alma.

Lucero, vela encendida:
como carga la aurora su lucero,
así cargabas a tu Hija.

Estrella, cuerpo azul y puntas blancas,
como lleva su lámpara el retablo,
como lleva su estrella la mañana,
llevabas en los brazos a tu Hija
y a tu Pueblo en el alma.

Dulce hermana sin fin, hermana mía,
del mundo entero y de su gente, hermana,
hermana de la calle y de los campos,
hermana azul del hombre que pasaba,
hermana de lo verde y lo maduro,
del hondo pino y la violenta acacia;
madre de todo niño, hija de todo anciano,
centro del pan y corazón del agua,
hermana del hambriento y del cautivo,
madre de las gladiolas del balcón de la casa;

hermana de la urgencia de los seres,
urgencia tú de dar lo que faltaba,
hermana del sediento de *justicia*,
madre del pordiosero de esperanza,

hermana de la risa y la congoja,
del combatiente y del que lo esperaba,
hermana del allá de los adioses,
hermana del aquí de las llegadas
y de querer saciar todas las hambres
y de querer curar todas las llagas;

gozo del gozo, angustia de la angustia,
sed de la sed, innumerable hermana,
hermana de apagárteme en las manos,
hermana de encendérteme en el alma.

Nieves, Carola, Emilia,
nombre de las mujeres de la Patria;
puerta de cárcel, sol de carretera,
hombre de raya azul y raya blanca;
noche para esconder al perseguido,
trampa en el cesto de pasar las cartas,
Luisa, Carmen, Aurora, María Luisa,
rosa en la rosa revolucionaria,
tórtola en guerra, guerra entre suspiros,
flor de la lucha, tu canción impávida,
Oscuridad y sed el calabozo
y gozo de presencia adivinada
que a sombra y sed decía: —¡Viviremos!—
porque con Nieves Córdoba pasabas
y entraban en la sed de los oscuros
Nieves de luz y María Luisas de agua.

Viva, ¡qué linda eras!
Muerta, ¡qué linda estabas!
en brazos te llevaron
para morirte junto a la ventana,
para que en el raudal de luz celeste
el río de tu luz desembocara.

Una sonrisa se te fué quedando
junto a la dulce voz que te faltaba
para decirnos de tu amor sin muerte,
de tu millón de amores sin mortaja,
del Pueblo tuyo, del profundo pueblo
que había en tu justicia apasionada,
del niño, de la bestia y de las flores,
de la calle con gente que esperaba
y al sentirte morir se iba poniendo
un sudario de llanto en la palabra.

Tu mundo era un corral; para arroparlo
llegaste a él, para tenerle lástima,
para tener amor a sus polluelos
y meterlos así, bajo tus alas;
y la brava mujer, al mismo tiempo
dejaba andar su vocación romántica
y así estabas, entera, en el esposo,
entera en tus dos hijos, entera en tus dos casas,
entera en la vanguardia de la lucha,

entera en el alpiste de tus jaulas
y en tus gentes sin pan y en tus orquídeas
y en las mil tonterías que comprabas
para llenarte de polluelos tuyos
tu mundo azul de gallinita blanca.

¿Te fuiste o se fué un poco el mundo tuyo?
¿quién se mueve, los barcos o las playas?
¿se va alejando costa o marinero?
Te fuiste así, como se van las patrias.

Y lo verde del mundo y de los seres
le dicen a lo azul que le haces falta.
Almendra de pasión, anís de arrullo,
canela de bondad, menta de gracia
poblada soledad de lo que alumbra,
te fuiste así, cuando era tu mirada
el único habitante de la estrella,
capital del país de tu ventana.

Allí estás, en los brazos de la tierra,
en el dulce terrón que tanto amabas,
con ella estás, por fin, de madre a madre,
siembra con siembra, entraña con entraña.
Ella te lleva, como la llevaste,
como a tu niña, así, cara con cara,
hermana de apagárteme en las manos,
hermana de encendérteme en el alma.

Como lleva su lámpara el retablo,
así también te llevará la Patria,
así, como llevabas a tu hija en los brazos
y a tu pueblo en el alma.

Caracas, julio de 1943.

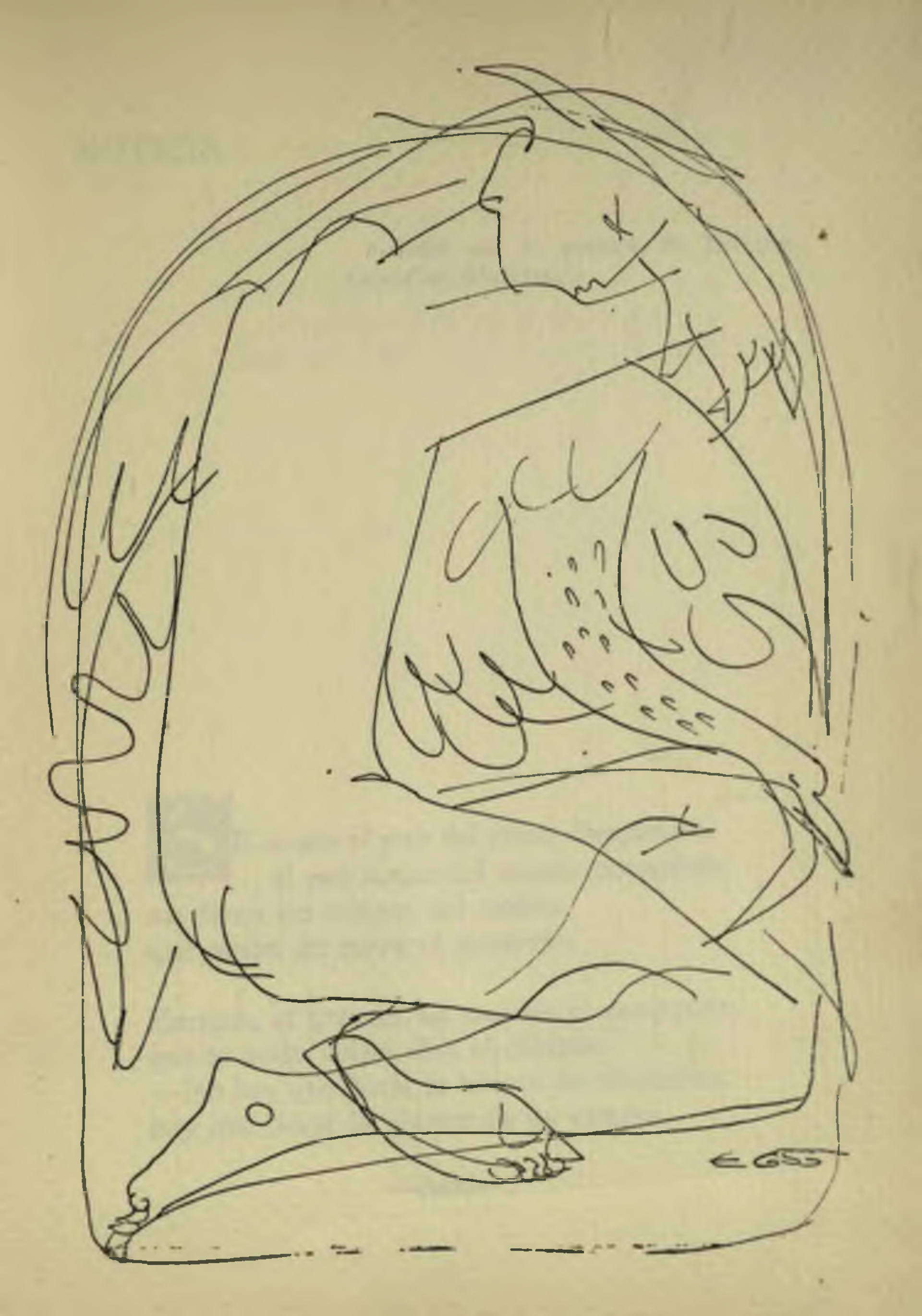
JACINTO FOMBONA PACHANO

DIVINO don para el servicio humano,
humana entrega para el don divino,
fuerza y bondad, viviente alejandrino,
Jacinto puro, mi querido hermano.

Vino sin par en la perfecta mano,
vaso cabal para el perfecto vino,
de patria el ala y de linaje el trino,
Fombona, el verso, el corazón, pachano.

Y ahora estás, como tu vida entera,
así tan honda, así tan compañera,
así tan natural como la muerte,

y así ha de ser tu claridad sin mancha,
pues para merecerse y merecerte,
el tiempo es largo y Venezuela es ancha.



NOTICIA

(Aviso de la muerte de Enrique González Martínez).

SE acaba el pan del alma, compañero,
el pan mejor del mundo peregrino;
me dicen los amigos del molino
que acaba de morir el molinero.

Enrique, el grande, ha muerto; el campesino
que lo quiso llorar, dijo al obrero:
—No hay que llorar la muerte de un viajero,
hay que llorar la muerte de un camino.

Y de su altar, y con la voz ausente,
el águila que ahoga a la serpiente
nos dijo: —Eramos dos para lo bello,

pero el mal tiempo le aflojó la mano
y junto al cisne de torcido cuello
como dormido se quedó mi hermano. . .

LA MUSA POPULAR DESPIDE
A
FRANCISCO PIMENTEL

(*JOB PIM*)

Te llevas la gracia mía,
cajón de mi mala suerte
y al recibirla, la muerte
se alegra con tu alegría.

PIRAGUA de los espantos,
canoa de la desgracia,
cajón de llevar la gracia
del mundo a los camposantos
y la gracia de los Santos
y la del Ave María,

e inconforme todavía
con la gracia que te alegra,
caja negra, caja negra,
te llevas la gracia mía.

Nunca llevó mejor carga,
ni patrón de más donaire,
ni mejor vela en el aire,
la navegación amarga;
fondeaderos de descarga
se aboyarán para verte
y en la playa de acogerte
vaciará tu cargamento
la sal de mi sentimiento,
cajón de mi mala suerte.

Yo le sembré los luceros
que en el corazón tenía
y era bueno como el día
de soltar los prisioneros;
se alegran los carceleros
con su gracia clara y fuerte,
la queja que el preso vierte
se devuelve al escucharlo;
se alegró la vida al darlo
y al recibirlo, la muerte.

Francisco: los "cuatros" mudos
cuelgan del jobo sin aves,
saltó al bordón de tus graves
la prima de tus agudos
y en los últimos saludos,
la voz de la tierra mía
pinta de noche sin día
su tapia sin trinitaria,
mientras la muerte sortaria
se alegra con tu alegría.

INDICE

Págs.

GIRALUNA Y EL MAR

INTERMEDIO

CANTO A LOS HIJOS

A UN AÑO DE TU LUZ

ELEGIA AZUL CON UNA ESTRELLA Y OTROS POEMAS

Esta primera edición consta de 5.000 ejemplares en papel Biblios de 39 Kgs. y 300 ejemplares de lujo en papel Corsican de 63.60 Kgs. para uso exclusivo del autor. Estuvo al cuidado del autor y de los editores, J. M. Siso Martínez y Humberto Bártoli. Se terminó de imprimir en los talleres de la Editorial Servicio Impreso, S. A., Iturbide 26, México 1, D. F., el día 6 de enero del año Mil Novecientos Cincuenta y Cinco.

OBRAS DEL AUTOR

TIERRAS QUE ME OYERON.—(Poemas)

PODA.—(Poemas)

LA AEROPLANA CLUECA.—(Relatos)

BARCO DE PIEDRA.—(Poemas)

ABIGAIL.—(Teatro)

BAEDEKER 2000.—(Poemas)

VARGAS, ALBACEA DE LA ANGUSTIA.—(Ensayo Biográfico)

NAVEGACION DE ALTURA.—(Artículos Políticos)

MALVINA RECOBRADA.—(Prosa Poética)

EN PRENSA:

LA JUAMBIMBADA.—(Poemas)





